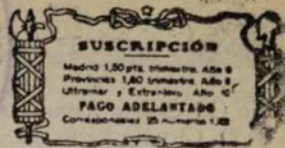




# El Motín



Año XXXIII

Madrid, Jueves 27 de Febrero de 1913.

Núm. 9.

## Antonio Catena

Ha muerto este hombre, que dedicó su vida entera á trabajar por la restauración de la República.

¿Que era catedrático é ilustrado? Hay muchos que lo son.

¿Que pudo haber aspirado á medros en su carrera? Hay muchos que lo hacen.

¿Que pudo haber vivido con tranquilidad y sosiego? De estos hay muchos tambien.

Precisamente su mérito está en eso: en no haberse parecido á ninguno de esos muchos.

Renunció á su tranquilidad y á sus provechos; dedicó sus esfuerzos y sus recursos á mantener en el *País*, periódico fundado y sostenido por él, el espíritu republicano; y en ese periódico, por donde pasaron casi todos los periodistas que hoy tienen renombre, defendió causas justas, combatió iniquidades é injusticias.

Al morir ahora, hasta la prensa que defiende ideas contrarias á las que él defendió, lo ha elogiado...

Y dicho esto, ¿qué puedo añadir yo?

Que dejar ese recuerdo en todos, y merecer de todos esas alabanzas, no es morir.

JOSE NAKENS

## ¡Admirado!... ¡Envanecido!

Estamos en uno de los períodos en que los republicanos demostramos nuestros bríos, nuestra fe, nuestros entusiasmos.

¿Elecciones? Aquí es donde se ven los verdaderos revolucionarios.

Idas, venidas, reuniones, conferencias... Presentación de unos candidatos... Eliminación de otros...

Que si á tal fracción le corresponden tantos... Que si á cual otra cuantos... Que no... que sí...

Nosotros luchamos aparte... Y nosotros también...

Que si Fulano le está haciendo la guerra á Zutano bajo cuerda... Que si Perencejo ha dicho en tal parte tal cosa de Mengano...

Y artículos de periódicos por acá... Y manifestos por allá, excitando á esgrimir valerosamente la papeleta, mientras preparamos el fusil...

Y alabanzas al Pueblo libre, al Pueblo honrado, al Pueblo consciente, que en este día deja de ser, por arte mágico, indiferente, escéptico, grosero...

Todo esto se ve estos días, todo esto se oye...

Y por todo esto, yo hago esta semana un paréntesis en la campaña que sostengo, admirado de que, á los cuarenta años de restauración, demos todavía tan gallardas muestras de nuestra fe, de nuestros bríos, de nuestros entusiasmos...

Recomiendo que se lean estos renglones de un artículo de fondo de *El Liberal*, periódico que se distingue por la medida con que trata siempre los asuntos del republicanismo, para que se comprenda con cuánta razón me admiro y me envanezco:

«Curados estamos de espantos, y desde tiempo ya remoto nos guardamos cuidadosamente de aplicar conceptos sexquipedales á cosas y casos menudos.

Pero en los músicos viejos queda siempre el compás, y á causa de tal resabio, nos causa cierto dolor, ó cuando menos algo de tedio, el amable espectáculo á que asistimos.

Y el tedio y el dolor se hacen más serios al considerar la actitud de nuestros dignos y queridos afines, los republicanos.

Por lo que aquí acontece, se presume lo que pasará en las demás ciudades y regiones.

No ha habido por ahora modo de que se concertasen para una obra común los distintos arciprestazgos madrileños.

Cada uno va á la procesión apartado de las otras mangas y cofradías, y es lo más probable que vuelvan todos de ella lo mismo que del Rosario de la Aurora.

Cierto que las Diputaciones provinciales son organismos inútiles. Y ciertísimo que no basta á defenderlas ni á mantener las el pretexto de que contribuyen á formar el Senado, pues igualmente inútil es el Senado, tal como en España se halla constituido.

Pero, por eso mismo, lo derecho hubiera sido no acudir á las elecciones.

La abstención hubiera valido, además, para comenzar á practicar el lema de «nada de treguas al Gobierno liberal ni á la monarquía», que varias agrupaciones republicanas han formulado con viril entereza.

Visto que nada se puede esperar de los liberales ni de los Borbones, al Aventino, por lo pronto, y de seguida, á las barricadas.

Admitido que resolución tan extrema no se adoptase ahora, y que el gran retraimiento se reservase para las elecciones generales futuras, parecía lo natural que en estas provinciales todos los republicanos marchasen de acuerdo, dado que todos—los de la tregua y los opuestos á la tregua—están conformes en acudir, por esta vez, á las urnas.

Pues no ha habido modo.

Allá irán disociados, y los monárquicos con la mayor facilidad del mundo les romperán las urnas en la cabeza.

Si aún es tiempo, recobren el juicio; reúnanse para dar una sola batalla, y sal-

ven—siquiera en Madrid—el honor de la bandera; de la única bandera que puede cobijarles, pues todas las demás enseñas parciales son deshilachados é infantiles pendones.

O dejen de votar, ó háganlo en masa, como la república y el sentido común ordenan.

Hay algo mucho peor que las frases y los actos de Romanones. Su irónica sonrisa.»

Después de leer este artículo de *El Liberal*, he estado dudando si callar ó escupir, y he decidido al fin tragar saliva hasta la semana próxima.

## ASUNTO TERMINADO

He leído con muchísimo gusto esto que el semanario *Ideal*, de Zaragoza, publica en su último número:

### El homenaje Nakens

En vista de la nueva y rotunda negativa del ilustre y querido abuelo, que no acepta el homenaje, y para cambiar el rumbo de las simpatías que se le han demostrado, lanza la magna idea de crear con el producto que aquél pudiera dar, la *Cruz Roja Republicana*, nosotros hemos puesto en manos de D. Roberto Castrovido la decisión de proseguir en nuestra campaña ó dedicar nuestros esfuerzos, pertenecientes al homenaje, ó los por hacer, á dicha nueva y generosa institución.

Cuando el director de *El País* nos conteste, haremos pública la decisión adoptada.

Entretanto debemos decir que las adhesiones recibidas son muchas y cuantiosos los donativos.

Entre otras personas y centros, se han adherido las siguientes:

D. Pío Salvador, de Barcelona; Comité Republicano Federalista de Mataró; Centro Radical de Mediana, por la Conjuración de Villarquemade; Pedro Martínez, Donato Martínez, Benito Martínez, Arterio Martínez, Joaquín Martínez, Prudencio García, Alejandro Martínez, Julián Martínez, Mariano Martínez, José Suárez, de Avilés; Casino Radical de Zaragoza; Sebastián López, de Almería; Partido Republicano de Huesca; Antonio Lacambra, Miguel Biecas, J. Mariano Allué, José María Pérez, G. Lerendegui, M. Aula, S. Gari Marco, Gaspar Citoler; José María Tierz, José Larne, Mariano Navascués, Angel Ruiseñor, Mariano Berge, E. Estevané, Alejandro Gabás, Francisco Guillén, Sebastián Amella, Estanislao Mur, Fernando Samitier, Manuel Cúbero, Jesús Haya, Bernardino Bailín, Ramón Fumaz, Maestro de Escuer, Anto-

nio Gil; Casino Republicano de la Muela; D. Claudio Pérez, de Peñafior; Jóvenes Republicanos de Zaragoza.

En el número próximo acabaremos de dar cuenta de las adhesiones y publicaremos los nombres y las cantidades de quienes las han dado para el homenaje.

Rogamos á todos cuantos hayan de adherirse que lo hagan inmediatamente. Hasta el próximo.

## A los de "Ideal"

Queridos compañeros: Mi gratitud hacia ustedes por haber desistido de lo del Homenaje, excede en mucho á la que les guardaré siempre por haberseles ocurrido tributármelo; gratitud que extiende á cuantos colegas se hicieron eco de su proposición y á cuantos republicanos se adhirieron á ella en cualquier forma.

Y una vez pasado el miedo horrible que me daba el pensar que pudiera verificarse el homenaje, voy á referir á ustedes un suceso que quizás no sepan.

Cuando Posada Herrera fué por primera vez ministro de la Gobernación con la Unión liberal, no tenía ninguna condecoración.

Supo un día que O'Donnell pensaba concederle no recuerdo si el Toisón ó una Gran Cruz, y se presentó inmediatamente en la Presidencia.

—Pero, mi general, le dijo, ¿qué le he hecho yo á usted? Grande debe ser su resentimiento, cuando trata de vengarse de ese modo.

—¿Qué está usted diciendo?, replicóle O'Donnell. ¡Resentimiento!... ¡venganza!... ¿De qué y por qué?... Explíquese usted.

—Es... que... me han dicho... mi general, que trataba usted... de igualarme á tantos otros, concediéndome una condecoración.

O'Donnell soltó la carcajada y ofreció á Posada Herrera desistir de su propósito, para que no creyese que trataba de confundirle con los que se desviven por alcanzar una cruz ó un cintajo.

Y he referido esto, para que ni mis amigos de *Ideal* ni los correligionarios que como ellos piensan, atribuyan mi negativa á modestia, no.

Protestaría de esa ofensa; lo que no haría si la atribuyesen á orgullo.

Posada Herrera, que tuvo aquel rasgo, acabó lleno de cintajos y cruces: flaquezas humanas.

Yo no me tomaré la molestia de rectificarle.

Soy hombre que no podré quizás decir lo que haría en determinadas circunstancias. ¿Pero lo que no haría en ninguna? ¡Oh! Eso sí.

Termino reiterando las gracias á todos, haciendo justicia á sus intenciones, y repitiendo al pensar en el grave riesgo que he corrido:

«¡De buena me he librado!»

## LA CRUZ ROJA REPUBLICANA

Sr. D. José Nakens.

Mi querido Nakens: Gracias, muchas gracias por su recuerdo para mi tan honroso.

Las abrumadoras ocupaciones que usted conoce me impiden tomar la iniciativa en la organización de la nueva Cruz Roja por usted proyectada, pero usted y los demás compañeros saben que cuentan conmigo para todo y que procuraré no ser el último.

De usted atento amigo y admirador  
q. e. s. m.,  
MIGUEL MOYA

16 Febrero 1913.

Querido Nakens:

Ya sabe usted que puede contar conmigo y disponer de lo poco que yo puedo y valgo, sobre todo en cuanto directa ó indirectamente tienda á la unión de los republicanos españoles, pues tampoco usted ignora que, á este supremo ideal y para mi condición necesaria para el triunfo de nuestras ideas, he sacrificado siempre las más legítimas aspiraciones personales.

Si hoy no puedo ver á usted, como desea, será uno de estos días y hablaremos de esa hermosa creación *La Cruz roja republicana* que usted nos propone organizar en su bien pensado artículo del próximo pasado jueves.

Siempre suyo apasionado y buen amigo,  
RAFAEL DE UREÑA

18 Febrero 1913.

## NO SABIA NADA

Leo en *El País* del sábado último:

### "El martirio de Nakens"

*Las obras del anciano luchador desaparecen de los puestos de libros viejos.*

Ya sabemos lo que han costado al pobre Nakens sus *Hojitas piadosas*. ¡Es un horror! Disgustos, persecuciones, procesos... Y, finalmente, la privación absoluta del derecho de seguir las publicando. Pero, en fin, el Sr. Nakens podría tolerar con paciencia tan inicuas medidas si no pesase, desde hace dos ó tres días, sobre el viejo luchador, algo que ha de producir la más rabiosa indignación en todos los pechos liberales.

Ello es de suma gravedad. Nada tiene que ver con la ley, sin embargo. Se trata de una campaña persistente, terrible, bochornosa para una ciudad culta, que están llevando á cabo en Madrid curas y carlistas. No es broma, señores, no es broma.

Las obras de Nakens, en profusión considerable, han sido, hasta ahora, unas de las que más han abundado en las mesas de los libreros de viejo, precisamente porque son unas de las más traídas y lle-

vadas por la actualidad, de mano en mano y de tienda en tienda.

Pues bien; sorprendiéndome ayer, y conmigo á muchos madrileños con mayor fe apegados á las mesas de los libreros que al bullicio ciudadano, el hecho de que, en donde las obras de Nakens figuraban en mayor abundancia, hubiesen desaparecido por completo.

—Pero, ¿es posible—pregunté á uno de esos libreros—que no tenga usted un sólo libro de Nakens?

—Ni uno, señorito; los he vendido todos.

Visité otra de las mesas favorecidas por las obras de Nakens y obtuve la misma contestación. ¿Qué misterio es este? —pensé reflexionando sobre el hecho, no tan insignificante, ni tan natural como á primera vista parece.

La providencia—hay providencia hasta para los herejes—me deparó un magnífico encuentro que me puso en antecedentes de todo.

En la menuda calle de San Ricardo hay un modesto puesto de libros, enfrente de una librería de viejo. Acerquéme al puesto para hacer al librero la misma y pelada pregunta que hice á los otros, y cuando me disponía á ello, me oscurecieron el sol tres manteos. ¿Tres curas, y juntos? «Mal se presenta el día», dije para mí; y esperé que pasaran, con resignación. Pero no pasaron; se detuvieron en el puesto de libros, junto á mí. ¡Lagarto, lagarto! Y, antes que en nada, se fijaron, ¡casualidad!, en dos ó tres obritas de Nakens que figuraban en primer término. ¡Al fin daba yo con libros de Nakens!

—¿Qué es eso?—preguntó al librero (que no me dejará mentir) uno de los curas. ¿Todavía no se ha enterado usted de que esos libros no se pueden vender? ¡Quite usted eso de aquí!

—¡Ah!—dijo otro de los curas—¿son libros de Nakens? Pero, ¿ese hombre vive todavía?

—Sí, señor; por desgracia.

—Yo le impondría una contribución hasta por el aire que respira.

No quise oír más. Luego me enteré de que nuestros conciudadanos los clericales madrileños están llevando á cabo una batida por los puestos de libros viejos contra la venta de las obras de Nakens, pero una batida sorda, hipócrita, inquisitorial. ¿Que de esto se han enterado muy pocas personas? Se comprende. Aquí no se enteraría nadie de nada. Tienen más importancia cualquier crimen ó atropello automovilista que las persecuciones contra republicanos. En vez de hablar unos en pro y otros en contra de ellas, ocurre que los clericales, los amigos de los persecutores, se callan porque les conviene obrar en silencio ó que obren en silencio sus compañeros; y los amigos de los perseguidos, ó aquellos que tienen interés en que no sucedan tales atentados á la libertad del pensamiento, se callan, también, porque ignoran. ¡Santa ignorancia del pueblo liberal español!

El mismo Nakens no debe estar enterado de lo que están haciendo con sus

libros. Y conviene que se enteren, y que él mismo presencie cualquier inaudito caso de esa persecución imbécil, que no es más que una menguada revancha de los grabados y escritos antitradicionalistas que semanalmente aparecen en EL MOTIN.

Y no se crea que lo que se hace ahora con Nakens, es nuevo en España. Aquí se persigue al escritor más avisado y se le tortura espiritual y económicamente, como sus obras se suban á las narices de cualquier obispo malhumorado. Y, si bien no siempre la ley cae en favor del perseguidor, basta que la gente de Iglesia, que los apologistas de la caridad se lo propongan, para que sobre la víctima se desarrolle una tempestad de horribles sufrimientos, una época de duros é inabarcables maleficios.

Nakens es un alto ejemplo de todo esto. Nakens representa al pueblo liberal español, un tanto demasiado ingenuo y un tanto distraído, cayendo inocentemente en las fauces de ese gran monstruo de saliva venenosa que se llama reacción, no amenazado todavía por la espada de ningún Sigfrido, hijo de la libertad.

ARTURO MORI

No sabía nada de lo que Mori, al que no conozco personalmente, pero cuyos artículos leo, dice en el que antecede; pero no me extraña, y hasta me gusta, pues veo que cada día escuece más mi propaganda á la chusma rezadora. Y como esto es lo que me propongo...

Lo único que siento, es que no me toquen cinco ó seis mil duros á la lotería, para recoger cuanto antes en tomos, por si finiquito pronto, todo lo que yo quisiera que quedase de mí, á fin de continuar, como dije hace poco, *peleando después de muerto*; idea en que me confirmo ahora, al ver el empeño que ponen los clericales en que no haya libros míos ni aun en las librerías de viejo. En las de nuevo de Madrid, donde antes, allá por los años 84 y 85 del siglo pasado, tomaban de primera intención de mil á mil quinientos ejemplares de cada libro que yo editaba, hace tiempo que no me toman ninguno. Sólo una, la de Pueyo, suele llevar algunos para enviarlos á América. Y de provincias no hablemos. Con decir que ¡ni en Barcelona! hay un solo librero que lleve libros míos, está dicho todo. Si no fuera por los lectores de EL MOTIN, ni Dios se enteraba de que yo publicaba libros.

He hablado de la lotería, y debo dar una explicación á mis lectores. Desde que me enteré del milagro que mi retrato perpetró en Zaragoza, haciendo que tocara un premio regularcillo á los correligionarios que le rezaron, juego un decimito cada extracción y lo coloco bajo mi imagen veneranda. Mas hasta ahora, nada: ni un perro chico; me parezco en esto al padre común de los fieles, que ha curado milagrosamente á varios, y él no puede quitarse de encima el reuma.

Sin embargo, no desconfío de hacer los tomos que digo, antes (claro es), de

liar la maleta para el viaje del que nadie retornó, y que emprenderé yo sin sacramentos, y sin temores y sin esperanzas. Y fundo mi confianza en lo siguiente:

Como entre los clericales hay muchos que se enriquecieron robando, puede haber alguno que, para ver si Dios lo perdona, caiga en la tentación de hacer al morir alguna obra buena, ya que no puede continuar haciendo las contrarias. ¿Y cuál mejor pudiera hacer, que la de dejarme la cantidad que yo busco en la lotería, para que la dedique á domesticar, moralizar y desasnar á sus correligionarios?

Y el que tal hiciere, podría presentarse con la frente muy alta en la portería del cielo, y decirle á mi tocayo en barbas y calva:

«Fui en la tierra un hipócrita y un ladrón; pero al morir liquidé todas mis culpas, dejándole cinco mil duros á Nakens para que continuase fustigando hipócritas y ladrones.»

Y con seguridad que, al oír estas palabras, San Pedro le abrirá de par en par las puertas de la Jerusalén celestial.

Y nunca habría entrado con más justicia un clerical en el cielo. Amén.

### Gazaperas clericales

## El Instituto Geográfico y Estadístico

Principio inconcuso de sociología moderna: «el monaquismo es la lepra de España».

Principio de medicina legal: «la ocultación de casos de enfermedades contagiosas es un crimen».

Con estos dos principios á la vista tomo el siguiente extracto que *El País* ha hecho del tomo segundo del Instituto, al cual en esta ocasión el benévolo colega prodiga elogios inmerecidos.

«Los datos sobre el clero secular y regular son incompletos, sobre todo los segundos, porque algunos obispos dan sólo cifras relativas á los religiosos en clausura, otros dan todos, y no faltan los que eluden dar noticia».

«Aun contando con esto, se echa de ver el desarrollo alarmante de la Iglesia, se comprueba la existencia del clericalismo, en la acepción más vulgar, y se confirma la apreciación vulgar de que es excesivo el número de conventos y el de monjas y frailes».

«Juzgue el lector:

«Hay 33.291 sacerdotes; 5.862 más que en 1888».

«Sobre el clero regular la estadística es incompleta, por las razones dichas. Héla aquí en comparación con 1888».

«Casas de varones: 161, en 1888; 754 en 1910».

«Religiosos profesos: 1.684, en 1888; 8.216, en 1910».

«Conventos de mujeres: 1.027, y 2.500, respectivamente».

«Religiosas: 14.592, en 1888; 30.846, en 1910».

«Dios de dioses: ¡Rayos y truenos! Ahora me explico las lamentaciones del Vaticano y los plañidos de los clericales contra la clerofobia de los gobiernos españoles».

«¿Qué manera de comerse los frailes y las monjas! Riámonos, amigo lector, riámonos

de la clerofobia de los revolucionarios de la semana trágica de Barcelona, que, en resumen de cuentas, prestaron al clero regular el grandísimo servicio de quemar algunos conventos viejos que sus inquilinos deseaban desalojar para irse á otros de mejor confort, y á todos en general les dieron ocasión de tender sus redes para la pesca de nuevos millones con pretexto de reparaciones, cuyas cuentas habrá que ver el día del Juicio Universal».

La verdadera demolición de conventos, el verdadero secuestro y entierro de frailes vivos, al Gobierno monárquico los debemos. ¡Qué manera de devorar! ¡Esto es tragedia, y comedia y farsa y sainete y profanación!...

En 1910, el Instituto Geográfico y Estadístico nos jura que hay 2.500 conventos de mujeres con 30.846 monjas, nada más. Pues bien: en el año 1900, había 2.755 conventos de «hembras» supongo que contrastadas debidamente, con 42.826 individuos.

Desde 1900 á 1910, se fundaron varios centenares de conventos, si no millares; y acudieron á profesar los votos de «huelga de vientre», «huelga de brazos», y «huelga de cabeza» algunos millares de casporras, de solteras cansadas de serlo, de viejas hartas de carne y de cabezas de chorlito seducidas por el frailecito (1).

¿Dónde están estos millares de monjas y de conventos? No se los ha tragado la tierra, ya que á flor de ella se levantan sus provocativos palacios y por las calles rugen sus místicos automóviles.

La tierra no los ha tragado: quien los ha tragado es el Gobierno... ¡Y el Instituto Geográfico! dicho sea con todo el respeto que el acto merece.

Y no sólo se han tragado ambos entes clerófobos, esos millares imprecisos de conventos y de monjas: hánse tragado y enterrado los *doscientos setenta y cinco conventos* de religiosas, con las *ocho mil setecientas sesenta y ocho hembras*, oficialmente hembras, y oficialmente religiosas profesas de diferencia entre las cuentas de 1900-1910, con más de *mil quinientas cuarenta novicias y mil seiscientas setenta y dos legas* suprimidas del concepto «religiosas»; total una sartenada de *once mil novecientas ochenta cabezas* de la grey monástica, que existían en 1900.

¿Dónde consta esto? En el volumen intitulado «Comunidades Religiosas existentes en España el día 31 de Diciembre de 1900», impreso por cuenta del Estado y por orden del Gobierno, y sustraído al público que paga la impresión, al gobierno y á los oficinistas que hicieron el trabajo.

En cuanto á los frailes, la merienda no ha sido menor ni menos sangrienta.

El Instituto nos certifica que en el año 1910 hay 754 casas con 8.216 profesos.

En 1900, había solo 540 casas y ya contaban 8.144 profesos, con la añadidura de 2.034 novicios y 1968 legos: ó sea un total de cabezas de grey santa, de 12.146. Estos datos constan también en aquel misterioso volumen pagado por el pueblo español y sustraído á su mirada.

¿Quién será capaz de hacernos creer que en diez años no se han levantado más de doscientos conventos de frailes?

¿Quién podrá convencernos de que en 754 conventos no hay más frailes que en 540; y quien nos convencerá de que sea

(1) Desde 1900 á 1907, sólo en Cataluña se habían abierto al público 47 conventos de frailes y 119 de monjas, registrados en los anuarios comerciales.

honrado servicio á la ciencia estadística es te de suprimir de sus casillas de *religiosos*, á los *novicios* y *legos*, como si no fuesen religiosos de carne y hueso como los otros, y como los otros, de hábito y holganza?

Parece ser, según el texto de *El País*, que el Instituto se sangra en salud diciéndose de antemano que «los datos son incompletos...» porque á los señoritos obispos (á quienes pagamos ochenta mil reales cuando menos para que nos sirvan) no les da la real gana de facilitarlos completos, ni al Gobierno le da la real gana de sentar las costuras á tales partícipes del presupuesto, ni á las oposiciones les da la gana de sentar las costuras á los gobernios, ni al pueblo le da la gana de sentar las costuras á las Cortes...

¿Datos incompletos...? ¿Pues para qué diablo queremos la Estadística? ¿Y para qué queremos el Instituto Estadístico...?

Mas incompletos que los datos, son esos otros organismos, sin exceptuar el Instituto, que no debiera prestarse á tales conubios.

¿Tiene noticia el Instituto de ese Registro de Gracia y Justicia hecho en 1900 y que debió repetirse en 1906, y más tarde? Si no tiene noticia, será porque el Gobierno reputa «inútil ó contraproducente» el Instituto Geográfico, y le niega los datos que por su naturaleza pertenecen á la naturaleza del Instituto ¡Vaya un honor!

Si tiene noticia y cierra los ojos á tales estadísticas secretas, hace mal en prestarse á dar al público como únicas las que no lo son y como las más completas las más incompletas. Y hace peor en tomar de cabeza de turco á los obispos que viven en sus feudos, cuando tan cerca del ministerio de Fomento tienen los Registros del de Gracia y Justicia donde se halla una de las madres del cordero.

¿Qué se intenta con estas pseudo estadísticas? Engañar al pueblo español y la crítica mundial «ocultando la epidemia»? Esto es socialmente inmoral y científicamente reprochable.

Conste, pues, en definitiva, que, en cuanto á lo que al presente caso se refiere, el Instituto Geográfico no ha demostrado con su estadística que no haya más frailería de la que nos anuncia. En cambio esta estadística demuestra que no hay en España tal Instituto Estadístico para la clerecía, rebelde á toda ley y á toda fiscalización.

Guárdese, pues, el Instituto para entre tener el ocio de sus oficinistas esta labor. No ocasione á la Nación gastos de papel... mojado. No necesitamos saber lo que se publica, sino lo que se oculta.

Se ve que ni el Instituto, ni el Gobierno ni los obispos han de mantener á los frailes secretos.

Y he aquí por donde en España tenemos yendo á la par dos grandes pestes: la prostitución clandestina y la frailería clandestina. Aquella propagadora de la sífilis de los cuerpos: ésta propagadora de la sífilis de las almas. Y ambas á dos, pestilentes á cual más y á cual más clandestinas. ¿Dónde y cómo se realiza la clandestinidad? Ahí, en el Instituto, y así, con estadísticas incompletas, que sirven de gazaras á la frailería.

*El País* promete volver sobre el asunto. Hará muy bien el colega en penetrar esta gazarera estadística de 1910, dentro de la cual hemos abierto el farol apagado del Registro secreto del año 1900.

Hay que perseguir el embuste oficial con que los gobiernos de la Monarquía vendan los ojos del pueblo español y tapan ante el

Extranjero el chancro clerical que emponzoña á nuestra patria.

El Instituto volverá por su honor, esta mos seguros de ello, y nos explicará cómo puede verificarse el extraño fenómeno de que en 1910, habiendo ido en constante aumento el monaquismo, haya menos religiosos que en el año 1900, y desde luego le señalamos la errata que debe corregir en sus casillas, de eliminar del cómputo á los no profesos.

Si nuestro queridísimo colega *El País* abre información sobre ello, volveremos á la carga hasta dejar establecida en su sitio la verdad.

S. P. O.

## La emigración y los párrocos

Con este epigrafe leo en varios periódicos:

«El ministro de Gracia y Justicia ha dirigido á los obispos la siguiente rotunda y franca circular:

«Según informes de nuestras legación en Buenos Aires, recibidos en el ministerio de Estado, las autoridades de la República Argentina han enviado ó se proponen enviar á los párrocos de toda España, unos impresos para que los repartan entre sus feligreses, con los cuales se intenta que los mismos párrocos recomienden directamente al emigrante al director general de emigración de la nación Argentina, certificando además que el recomendado es hombre laborioso, honrado y bueno.

No es de temer que nuestros párrocos se conviertan consciente ó inconscientemente en auxiliares de la recluta de emigrantes que, por su conducto y con su recomendación, se trata de realizar en grave daño y perjuicio de la industria y de la agricultura de nuestro país, el cual, de prevalecer el intento, se le privaría de los mejores trabajadores, etc.»

Confieso que no lo entiendo.

Si «no es de temer que los párrocos se conviertan en agentes de la emigración á la Argentina», ¿para qué diablos el ministro pierde el tiempo lanzando esa circular?

Si la emigración á la Argentina «es perjudicial á la agricultura é industria de nuestro país» y por esto el gobierno debe exhortar á los párrocos á no hacerse agentes de tal recluta, ¿cómo no ve el ministro de Gracia y Justicia la injusticia y Desgracia de la recluta que se está haciendo continuamente entre los feligreses embarcando mozos y mozas en la barca de San Pedro, no ya para la Argentina, de donde vuelven algunos y en donde continúan siendo nacionales apasionados de la patria, sino para la Jauja eclesiástica celestial, de donde nadie puede volver, y en donde aprenden á abominar de la patria terrenal...?

¡Oh, maravillosa empresa la de nuestros ministros! Ven los perjuicios que causa la emigración á América, aunque muchas familias españolas vivan de los socorros de los emigrados, y aunque muchas industrias agrícolas y fabriles que hoy existen en el país funcionan merced á los capitales traídos de la emigración

por los emigrados que reinmigraron. Hay mucho que hablar acerca de esto. Apuradillo se vería el ministro si se viese obligado á discutir en público Ateneo, el perjuicio ó provecho de la emigración para el país. Si quiere recoger el guante, yo se lo lanzo. El tema no deja de ser curioso. Pero no lo recogerá. Ni siquiera hará á este articulillo el honor de ingerirlo en la *Gaceta*.

En cambio no ven ni quieren ver los perjuicios, sin provecho alguno, de esta otra emigración clerical, que se lo lleva todo y no trae nada.

El emigrante sale de España con el cuerpo enfermo, pero deja aquí el alma, que envía desde lejos los frutos de sus afanes, y restituye por fin el cuerpo sano.

El clérigo... deja acá el cuerpo para consumir, devorar y vivir á expensas de la agricultura é industria del país, de las cuales es rémora y parásito; y en cambio sale con el alma, que ya no vuelve, y que arranca de España los tesoros que van á Roma y al Infierno, sin dar otra compensación que las defecaciones de su vientre y los odios de su espíritu.

¿Qué se hace contra esta emigración que nos roba hasta las estacas de los templos, hasta los cuadros de los monumentos?...?

Ah... esta emigración es cultivada por la Monarquía con cariño maternal, y con mimo melindroso...

¡El país...! ¡La Industria! ¡La agricultura!... En boca de los ministros, sabemos lo que significa:

«El país, la industria y la agricultura monárquicas, que prohíbe al mozo de labranza la emigración á América y le ofrece la galleta de la holganza, de la exención del servicio militar, del mimo oficial y del privilegio, si se mete fraile y emigra al cielo con Dios, ó al infierno con Satanás.

Las barcas de Aqueronte y de San Pedro, son las únicas que van quedando al pabellón nacional.

¿Emigrar á América... dejando inculta la finca del ministro ó desierto el taller de su zapatero?... ¡Horror!

¡Al cielo, españoles, al cielo! Se os da el pasaje gratis y con propina. Este es el porvenir de España y de los españoles: las Indias ultramundanas!...

R. MAYOL

## ENTRE LOBOS

### Clericus clerico lupus

Fué el secretario de Felipe II Enrique Koc, el que observó en los Jesuitas su instinto chupador.

«Buscan la tierra grasa y huyen de la tierra magra» escribe en su Crónica.

Este instinto de sanguijuela, les inspira hoy como ayer, como siempre: es el eterno cristo en pos del cual andan.

Huidos de Salamanca por haber agotado ya la grasa de la tierra, los disimulados avarientos han clavado el ojo en

Gijón, á cuyo pueblo van á llevar sus ejercicios espirituales y corporales á mujeres solas y á hombres solos, á cambio de algunas fortunillas que todavía no han pasado á su dominio.

El párroco amenazado de tales vecinos ha puesto el grito en el quinto cielo, rechazando la cooperación de tales apóstoles y la competencia de tales industriales, clamando y exclamando que para llevar las almas á Dios y el dinero á la Iglesia, se basta y se sobra él con su clero secular, que por no hacer profesión de pobre solemne deja de hacerse rico clandestino.

¡Pobre párroco el que ha tenido tanta osadía!.. Más le valiera haberse arrojado de cabeza al mar, ó haberse ahorcado en la cúpula de la parroquia. Atajó á los jesuitas. Queda irremisiblemente condenado á las fieras.

Desde Agustín Cazalla hasta Tyrrell, desde Enrique IV de Francia hasta el último de los Borbones, todos cuantos fueron osados á hacer frente á los planes ignacianos, sucumbieron al puñal ó al *acqua toffana* directamente; ó indirectamente á la Inquisición, movida secretamente por sus *Defensas Sociales*.

¡Pobre párroco el de Gijón! ¡Cuán desatinado anda! Los jesuitas acabarán con él y con su ralea, como con Agustín Cazalla, exterminado por haberles desviado algunas víctimas adineradas;... y tan exterminado él y toda su ralea, que vió desenterrados y quemados los huesos de su madre, condenados á morir con él á sus hermanos y sobrinos, y, por fin, una hija misteriosa que se salvara del exterminio, acabó por ser juguete de la lujuria de un jesuita y después, loca, fué encerrada en un convento.

Párroco de Gijón: ¡acuérdate de Agustín Cazalla, y prepara la cerviz al degüello!

El fué el primer talento de la Universidad de Alcalá, cuando la Universidad de Alcalá era la primera del mundo.

El era el primer predicador de la Corte de España, cuando esta Corte era la primera del globo. El era de una de las familias más insignes, más poderosas y más ricas de su tiempo. El iba á ser consagrado y estaba nombrado obispo de Escalas. El era varón de toda integridad y sabiduría. ¡El fué quemado vivo! Los jesuitas Francisco de Borja y el primo de Ignacio, Antonio Araoz, habían sido azuzadores de la Inquisición. El otro hermano Borja, Maestre de Montesa, tipo el más repugnante de aquella corte de malvados, realizó el auto de Fe con el esplendor de su sacrilego lujo. ¡Era también jesuita... de la Defensa Social del tiempo...

Y cayeron todos bajo el zarpaño ignaciano (cosa que se calla Menéndez Pelayo en sus *Helereodoxos* y en el libro que dedica á Cazalla); cayeron todos... y la casa de Cazalla fué arrasada y cedida á los jesuitas por la Inquisición por el precio de dos gallinas al año: los descendientes hubieron de renunciar al apellido, y la última víctima, criatura de doce años á la muerte de los otros, ahijada de la emperatriz y confiada á la tutela de

los Cazallas, fué corrompida por un Padre Jesuita en la Iglesia de Valladolid, última risotada de Mefistófeles sobre un linaje condenado al exterminio...

¡Pobre Párroco de Gijón!... Prepárate sin tardar á bien morir... «El corazón de Jesús» ignaciano, te ha elegido para ejemplo.

¡Prepárate!... Ya verás lo que tardas en sentir la dulzura y mansedumbre de estos varones *apostólicos*.

¿Qué va á ser de tí?

Voy á decirte lo.

O declarado loco como Verdagner, si no hallan modo de hacerte pasar por hereje, y entonces pasarás por hechicero fanático como Mosén Cinto, y como él serás encerrado.

O declarado hereje como Schell, si no eres susceptible de ser desposeído como fanatizante.

O procesado por llos de mujeres, si no has tenido la precaución de aislarte de ellas.

O sospechoso de vicios peores, si no te complicas con mujeres:

Hipócrita, si eres virtuoso intachable: escandaloso, si has dado motivo á tachas... ¡No tienes salvación posible!

Condenado á las bestias.

Sólo falta elegir cuáles fieras han de ser las que te coman: si las episcopales que comieron á Verdagner, ó las civiles que asistieron á Prat...

¡Prepárate, desatinado Párroco! Arregla tu testamento; ajusta tus cuentas con Dios... y que sea breve la hora.

De la boca del lobo no te sacan ya ni el rey ni el Papa, ni Dios ni el diablo.

¡Acuérdate de Cazalla!

Y pon á salvo tu alma, si la tienes, y no quieres perderla.

## En la estación

### EL JEFE

Descúbrese allá lejos, muy lejos, en una planicie solitaria á media legua de un pueblecillo que no figura en el mapa ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas color de chocolate, se eleva en un desierto, con una huertecilla al costado, una aldea á la espalda, un sol implacable en el cielo, un reloj de cobre en la fachada principal y vanos carriles que se entrecruzan, y se separan, y se confunden, á los pies.

Aquello es una estación de último orden.

Los trenes se suceden con intermitencias de tres horas á lo sumo. Ellos no se cansan, no tienen músculos de carne que se rindan, nervios que se de plomen, ojos que se cierran, estómago necesitado de nutrirse y alma codiciosa de exparcimiento y de solaz. Hay que recibirlos, que avisar su arribo á la estación próxima, que darles salida, que atender á la carga y descarga de las mercancías, el servicio de los viajeros, á las contingencias de la

marcha. Trabajo penoso, de responsabilidades graves, de urgencia suma, de vigilar constante y de faenas múltiples.

Y para este trabajo, para empresa tan maña y tragar tan duro, no hay más que un hombre: el jefe de estación.

...¿Quién se acuerda de él?—Nadie. Para la Compañía es un instrumento; para los viajeros una mancha oscura puesta en el andén...

Pero ocurre una desgracia, un descalabro, un siniestro de cualquier especie; el jefe de estación, el instrumento insignificante, rendido por lo penoso de su tarea, se ha descuidado un minuto, un segundo tal vez; acaso al levantarse de la silla en donde reposaba, sin perfecta conciencia de sus actos, con el cerebro oscurecido por las nieblas de un sueño invencible, dió mal la salida, comunicó equivocadamente con la estación inmediata, hizo partir el tren que debía detenerse; y el tren partió y chocando en el camino con otra mole de la misma fuerza y de velocidad idéntica, provocó una catástrofe.

Entonces todas las responsabilidades caen sobre el desdichado jefe de la estación, sobre aquel hombre que desempeña sólo un servicio fatigoso y terrible; él es el culpable, el responsable, el torpe, el criminal. Si el suceso no tiene importancia, se le despide; si la tiene, se le envía á presidio.

Y mientras él sufre el hambre de la cesantía ó las amarguras de la condena, la empresa, que economiza hombres, sueldos y trabajos; la empresa que coloca un individuo donde debieran servir cinco, acapara oro, evade las responsabilidades, se enriquece, prospera, vive satisfecha y feliz, paga un sueldo de quince mil pesetas á sus consejeros y les envía todos los años un billete de libre circulación.

JOAQUÍN DICENTA

## Remitido

### El 11 de Febrero.—Acerca de «un acto.»

De «un acto» ha sido calificado el *guateque* con que los reformistas se beneficiaron la noche del día 11 del actual en el Hotel Inglés de esta capital, para celebrar el aniversario de la proclamación de la República.

Ese era el pretexto; pero la intención fué otra. Por eso... conformes en que fué un acto, pero un acto con tres cuadros, representado por Ruiz Beneyán, D. Gumerindo y D. Melquiades, acto titulado «La Azcaralada, ó función de desagrazios en honor y beneficio del primer actor don Gumerindo, el del Instituto de real orden.»

El acto fué amenizado con unas notas vibrantes de la *Marcha Real* á toda orquesta, á cargo de los otros dos.

Después, los *órganos rotativos* atronaron.

ron el espacio reproduciendo *las piezas admirables* y comunicando el entusiasmo y ovaciones con que fueron escuchadas. Y vamos con las admirables piezas musicales, vulgo discursos.

Sin prejuicio, sin que ninguna pasión turbara mi ánimo, he examinado, he leído detenidamente los ponderados discursos de D. Gumersindo y D. Melquiades, y con franqueza é imparcialidad diré lo que me han parecido.

Los dos discursos giraron sobre la tan discutida visita *de marras*. La primera impresión que he sacado es: que á los señores Azcárate y Alvarez les halaga la interesada lisonja de los contrarios—más que la razonada crítica y justificado reproche de los amigos y correligionarios.—Y lo más malo que tienen los dos discursos, es *que han sido alabados y bombeados* por los monárquicos gobernantes.

Por las notas publicadas de lo dicho por el Sr. Azcárate, se infiere que este austero señor ha puesto en riesgo su conciencia... y *que la condenada* le demanda á gritos contricción y propósito de enmienda; pero en su decantada virtud no se atreve á entonar el mea culpa. Por eso, actor de un drama cómico-político, se viste y se despoja del manto de la virtud con la traición y la apostasía. Quiso contrarrestar su pecado con la autoridad de Su Sapiencia doctoral, y dogmáticamente echó mano de la palmeta y las disciplinas. Calóse el birrete de doctor y como maestro que quiere convencer á sus discípulos y no lo consigue, *impúsose* al auditorio como á chiquillos ó colegiales: á fuerza de palmeta y disciplinas.

¡Traición y apostasía! Eso digo y lo razono. Tengo al republicanismo por un ejército en estado de guerra luchando por un ideal: el ideal de Progreso, para la Patria, la Humanidad, la Familia.

Muchas veces ha dicho D. Gumersindo que el obstáculo para el logro de los ideales del ejército republicano es la monarquía, esto es, que el enemigo del republicanismo es la misma monarquía. Pues bien, el Sr. Azcárate, jefe de uno de los ejércitos combatientes, no sólo proporciona medios de defensa, sino que enseña el plano del lugar que ocupa; *de la posición*, empleando el lenguaje técnico. Y en vez de cerrar directa é indirectamente el paso al enemigo, se lo franquea *para la conquista*...

Si el ejército republicano tuviese un Código Penal á semejanza del que rige para el Ejército de la Patria y hubiera de aplicarse á D. Gumersindo, ya veríamos qué nos decía el insigne juriconsulto don Melquiades, encargado de interpretar los artículos referentes á los delitos de traición.

Y si ha traicionado á su partido, la abjuración ó apostasía de los principios que encarnan la idea republicana está bien palpable.

El discurso de D. Melquiades tuvo bastante de dómene y mucho de abogado; y del orador puede decirse, que quizá por la costumbre de defender alternativamente el pro y el contra, lo falso y lo verda-

do, en el caso de autos resultó completamente adulterado su criterio. Echase de menos en el alegato la lógica, y campea en cambio la contradicción. A falta de razones, asesta palos de ciego. Quiere defender lo indefendible, y en su loco afán de lograrlo, ofuscada la mente, ataca á diestro y siniestro, poniendo á unos republicanos frente á otros, dividiéndolos en bandos.

Vésele luego columpiar, á fuer de buen volatín, entre lo verdadero y lo falso. Bien es verdad que lo hizo muy elocuentemente, con una soberanía admirable y con dominio absoluto de... las mesnadas que acaudilla.

¡El gran tribuno convertido en rústico pastorcillo ó zagal que conduce sus ovejas al *redil monárquico* por sendas y vericuetos, llevando por guía al maestro de rabadanes D. Gumersindo, que á su vez atiende solícito las instrucciones del mayoral de la majada, Conde de Romanones!

En cuanto á la definición que hizo de las formas de Gobierno, antes y mejor que él lo dijo Canalejas. Y por lo que respeta á la esencia, me quedo con la opinión de Pi y Margall, que sabía de estas y otras cosas bastante más que don Melquiades.

Y... todo esto fué *una docena de veces* aplaudido grandemente con otras tantas ovaciones inmensas y prolongadas. Así terminó la fiesta.

Yo, francamente, á una arenga de don Melquiades defen-tiendo en un oceano de palabras una *sinuosidad claudicante* de don Gumersindo, prefiero un trallazo aplicado al mismo por D. José Nakens.

Pero... ¡cómo ha de ser! Hay sin embargo, quien ha encontrado valentía, di-fanidad, y no sé cuántas cosas más en «un acto» aplaudiendo hechos que hoy impunemente se cometen y que no podían consumarse sin peligro en otras épocas en que los pueblos eran más ce-losos de sus derechos.

Allá en la tierra de Juan Bravo solían escarmentar públicamente á sus procuradores en Cortes por traicionar los sagrados derechos de sus representados. Y no era el escarmiento precisa mente una ovación y un banquete. Bien es verdad, que aquellos eran otros tiempos: los representados daban instrucciones á sus represen-tantes. Hoy... los representantes enlo-quecen y subyugan á las masas con la música de los discursos que escuchan entusias-madas, y por sus diputados son arrastradas y conducidas á la picota de las... DEGRADACIONES y COBARDIAS...

Antes eran los representados los que arrastraban por las calles á sus represen-tantes y les conducían á la horca en ven-ganza de su traición.

¡Qué lástima!

MIGUEL MÉNDEZ ÁNGULO

Madrid, 16 11-1913.

## El despotismo

La escena pasa en Moravia poco tiem-po después de la batalla de Austerlitz.

Estaba severamente prohibido molestar á los habitantes.

Un joven oficial ruso habíase alojado en una casa con su asistente, llamado Jé-gor, á quien conocía desde la infancia y que era un muchacho honrado.

Un día oyéronse las nentos y gritos: ha-bían robado dos gallinas á la patrona, y ella acusaba del robo al asistente. ¡El, la-drón! ¡el, Jégor Avtamonof! El oficial in-tervino para responder del asistente.

Hé aquí lo que sucedió después, con-tado por el mismo oficial:

«De pronto en la calle se oyó un gran ruido de caballos. Era el general en jefe que pasaba con todo su Estado Mayor. Iba al paso: alto, grueso, desaliñado, con la cabeza inclinada y las charreteras col-gándole hacia el pecho.

La patrona lo vió, y arrojándose ante el caballo se cogió á un estribo, cayó de rodillas, descompuesta, con el cabello suelto, y se puso á quejarse designando con la mano al asistente:

—¡General! exclamó: ¡Excelencia! ¡Juz-gadnos, defendednos, salvadnos! Ese sol-dado me ha robado.

Jégor se mantenía en el dintel de la casa, derecho como una I, el pecho sa-liente, los pies juntos, la gorra en la ma-no, y... ¡ni una palabra! Se había turba-do ante todos aquellos generales deteni-dos en la calle frente á él? Estaba petri-ficado por la aproximación de la desgra-cia que le caía encima? Allí estaba mi buen Jégor tieso, parpadeando y pálido como una sábana.

El general en jefe echó sobre él una mirada distraída y sombría, y gruñó un ronco:—¿Y bien?

Jégor, siempre inmóvil, tieso, enseñan-do los dientes como un idiota; viéndole de perfil, cualquiera hubiese dicho que se reía, pero con la risa de los que se mueren de frío.

Entonces el general en jefe pronunció bruscamente estas palabras:—Que lo ahorquen.

Metió espuelas al caballo y continuó su camino, primero al paso y luego al trote largo. Todo el Estado Mayor le si-guió. Sólo un ayudante, volviéndose un momento sobre la silla, lanzó á Jégor una ojeada.

¡Era imposible desobedecer!... Cogie-ron á Jégor para llevarlo al suplicio.

Tornóse lívido; por dos veces exclamó con esfuerzo: ¡Padres míos!... ¡Padrecitos míos!... y luego—Ate Dios, ¡yo no he sido!

Al despedirse de mí lloraba amarga-mente. Yo estaba desesperado.

—¡Jégor! ¡Jégor! ¿Cómo no has dicho nada al general?

—¡Juro ante Dios que no he sido yo! repetía sollozando el pobrecillo.

Por su parte la patrona quedó muda de terror; no esperaba una orden tan cruel. Luego á su vez se puso á llorar, á aullar, á suplicar á cada uno de nosotros que perdonara al desgraciado, á asegurar que sus gallinas habían perecido, que lo iba á explicar todo...

Naturalmente, nada de esto sirvió. ¡Co-

sas de la guerra! ¿Qué quiere usted? ¡La disciplina!...

La patrona seguía sollozando á más y mejor. Jégor, á quien el sacerdote había ya confesado, se volvió hacia mí.

—Decidle, señor, á esa mujer que no se desconsuele tanto... Yo la he perdonado ya.»

Jégor fué ahorcado.

IVAN TOURGUENEF

## NOTA DEL DIA

Vivimos en el mejor de los mundos. Todo es paz, tranquilidad, sosiego, calma. No ladra ni un perro. Nadie chista. Reina el silencio de los cementerios, interrumpido de vez en cuando por los diálogos optimistas de Romanones, que está verdaderamente encantado de tanta felicidad.

¿Quién ha dicho que somos un pueblo ingobernable? ¡Que se lo digan, que se lo pregunten al conde!

Somos no un pueblo, sino un rebaño dócil, sumiso, obediente, resignado á todo y que se deja conducir á donde quieren llevarle los lobos que ofician de pastores.

Se nos ha quitado la pesadilla de Maura y Cierva y nos consideramos dichosos. ¿Qué importa que subsistan todos los males que Maura y Cierva simbolizan? ¿Qué importan los gravísimos problemas que preocupan á los verdaderos patriotas? ¿Qué importa que cuando más necesitada está España de gobernantes capacitados para realizar la labor que se juzga indispensable para salir del pantano rijan nuestros destinos gobernantes de opereta?

Cerradas las Cortes, que siempre constituyen una pequeña molestia para los Gobiernos de tercera y de cuarta clase, nadie perturba los goces del Poder.

En otro tiempo, cuando se domesticaba al cuerpo electoral, tenían los gobernantes muchísimo trabajo en vísperas de unas elecciones. ¡Pero ahora! ¡Ahora que la máquina funciona automáticamente á voluntad del que manda! ¡Ahora que basta un gesto para que las urnas electorales obedezcan! Ni de eso tiene que preocuparse el Gobierno. Como que ya no necesita ni tumbar alcaldes ni sacrificar Ayuntamientos.

Sometidos á la soberanía Pontificia, el problema clerical ha perdido toda la importancia para el Gobierno. El hambre, la emigración y la incultura en todos los órdenes son males muy viejos y cuyos efectos se exageran sistemáticamente, según Villanueva.

Lo del Rif va como una seda y los moros anhelan que llegue el momento de implantar nuestro protectorado.

¿Qué nos falta para ser completamente felices, los más felices del mundo? ¿De qué podemos quejarnos?

No faltan voces aisladas de los no conformistas, de los eternos descontentos,

de los soñadores impenitentes, de los adustos pesimistas. ¿Pero quién las oye ni quién las escucha? ¿Dónde hallan eco? Las aguas del pantano no se mueven, no hay una masa de opinión que responda, ni que atienda ni que entienda.

Tumbado en el surco con indiferencia que se asemeja á la idiotez, el rebaño español contempla impassible, indiferente, el desquiciamiento, el hundimiento, la desintegración de España.

La Democracia.

León.

## Croniquita parisiense

No he de hablar del nuevo presidente ni de su elección; eso les incumbe á los corresponsales telegráficos. ¿Para qué tratar de lo que á estas horas, por hartos sabido, lo tienen ustedes olvidado? Por otra parte, la reciente elección del Sr. Poincaré, no sé si cabe en un intento de crónica de París, pues se le eligió en Versalles, como á sus predecesores.

Cuando tengan ustedes la República, estoy casi seguro de que elegirán sus presidentes en Aranjuez ó en El Pardo; mucho me sorprendería que no imitaran en esto á los franceses, como en todo lo imitan; á lo menos en todo lo detestable.

¡Y si no remedaran más que á los franceses! Pero la manía reinante, la europeización, los lleva á copiarlo, á remedarlo todo. Así han llegado á europeizar al jefe del Estado, según lo que he leído, y se europeizan algunos republicanos.

Recuerdo ahora un banquete, celebrado en Londres un 14 de Julio para conmemorar la toma de la Bastilla. Tratándose de una fecha revolucionaria, los que la conmemoran eran republicanos ingleses, con excepción de uno, que era también republicano, pero español; por cierto que este último se quedó asombrado cuando inició los brindis un respetable ciudadano, masón del rito escocés, individuo de varias entidades librepensadoras y presidente de un club republicano, pues dijo lo que copio:

«Donde quiera que se reúnan los ciudadanos ingleses, el primer brindis no puede menos de ser para su graciosa majestad la reina Victoria.»

¡Hurra!—le respondieron aquellos republicanos.

Y volviendo á España, no me parece mal que haga cada uno lo que se le antoje; precisamente ese es mi ideal.

\*\*\*

Más de una vez, al celebrarse en nuestro país alguna de esas manifestaciones políticas de aspecto procesional, con la seriedad y el orden que es costumbre, he oído decir: «¡Cómo adelanta nuestro pueblo en prácticas cívicas y usos democráticos! ¡Si estamos á la altura de las grandes naciones europeas! ¡Hemos hecho una manifestación con la formalidad incomparable y el orden exquisito de una manifestación británica!»

Bien se conoce que quien habla así no

ha visto en Londres lo que vió el firmante de estas líneas: una pública demostración en honor á Garibaldi. Antes que empezara, ya se habían vendido millares de bastones (ó de estacas, para decirlo en inglés); pregonaban los suyos centenares de irlandeses, gritando airadamente: ¡por Pío Nono! Ingleses é italianos, en mayor número, despachaban también su mercancía al grito de ¡viva Garibaldi!

Y hubo estacazos de firme.

Supongo yo que nuestros insignes europeizadores no querrán llegar á eso, aunque es europeísmo. En París cabeceira de esta República, una y casi invisible, niego que haya habido nunca una manifestación política ordenada, salvo algún entierro.

Bien pudieran los europeizadores que conocen á Europa nada más que por los figurines, darse una vuelta por el mundo para saber lo que pasa. En este punto de las manifestaciones, ciertamente encontrarán poco bueno que imitar; pero yo las he visto fuera de Europa, dignas de que las imitemos; sin ser escandalosas, como las europeas, las de América no adolecen, como las nuestras, de frialdad y de monotonía. En Montevideo van los manifestantes en columna con distancias y en formación correcta, prorrumpiendo en vitores por secciones; es de un efecto magnífico. En la Isla de Cuba, las manifestaciones políticas son todavía más vistosas: de caballería. No he visto allí nunca que vayan á pie los que realizan una manifestación.

En España todo es ajeno, hasta las frases, hasta los chistes. Cien veces he oído atribuirle á D. Germán Gamazo y aplicarle á D. Antonio Maura aquello del caballo en la cacharrería; y esta frase es de Bismark, dedicada á otro personaje, ya difunto, que no tenía nada que ver con Maura ni con Gamazo.

No es que en España falte ingenio, sino que preferimos lo europeo, aunque sea malo, y despreciamos todo lo castizo.

N. ESTÉVANEZ.

## Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

## ¡LIBERTAD Y A ELLOS!

POR JOSÉ NAKENS

DOS PESETAS

## LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. de Ibarreta

¡Precio: una peseta.

# EL MOTIN



Escena de las guerras pasadas, que aspiran á reproducir los carlistas.

# Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior .....	531'75
Luis del Valle, (Valladolid)...	1'00
Cristóbal Litrán y su señora, (Barcelona) .....	20'00
Un obrero republicano, (Zara- goza) .....	3'50
Gabriel Muñoz, (Bujaraloz)...	1'50
José Pellicer, o'10.—José Guilla- llaman, o'10.—Juan Guilla- llaman, o'10. (Los tres de Barcelona) .....	0'30
Miguel Caballé, (Rio Cénia)...	1'50
Juan Tomás Fosch, (Amposta)...	1'00
L. F. B., (Madrid) .....	1'25
Un condestable de la Armada, (Cádiz) .....	5'00
Julían Ramos, (Aranjuez)....	0'50
E. M. una peseta mensual por un año, 12 00.—A. T., 1'00.— L. M., o'25.—J. M., o'25.— N. H., o'25.—J. P., o'25.—La niña C. M., o'25.—La niña E. M., o'25.—El niño A. M., o'25.—R. B., o'30.—H. P., o'10.—J. S., o'10.—F. M., o'10. —A. C., o'10.—J. P., o'10.— J. F., o'10.—F. R., o'10.—C. M., o'25.—F. V. G., o'25. (To- dos de Madrid) .....	16'25
Manuel Velez, (Ayamonte)...	1'00
Manuel García Salvadores, (Co- ruña) .....	2'50
José Rivero Leiro, (Idem)....	2'50
Domingo del Palacio, (Burgos)...	2'00
Alejandro Alonso, (La Bañeza)...	1'00
Antonio Martín, (Mirueña)...	5'00
Romón Vidal, (Ibars de Urgel)...	1'35
José Rey, (Valencia) .....	10'00
Jacinto José, (Barcelona)....	2'00
José Benito Lomba, (Santa Maria de Oya) .....	1'00
Atanasio Nebreda, (Covarru- bias) .....	5'00
José Martínez, (Madrid) .....	0'25
José Moset, (Gandía) .....	5'00
Vicente Llorca, 5'00.—Bautis- ta Mesado, 5'00.—Juan Sala, 5'00.—José María Roselló, 5'00.—Salvador Martínez, 5'00. (Todos de Alcira)...	25'00
Fernando Miró, 5'00.—Fran- cisco Torres, o'25.—Luis Ba- chero, o'25.—Francisco An- drés, o'25.—Bernardino Mata mala, o'25.—Miguel Blasco, o'25.—Tomás Vaqué, o'25.— José Martorell, o'25.—José Bel- trán, o'15.—José Vidal, o'25.— Salvador Adell, o'25.—Manuel Ferrer, o'25.—Daniel Santaau- laria, o'25.—Felipe Suñe, o'25. —Raimundo Ezeirchs, o'25.— Miguel Santaaularia, o'20.— Vicente Bellmunt, o'20.—Ra- món Miret, o'25.—Manuel Bo-	
Suma y sigue. . . . .	647'15

Suma anterior..... 647'15

no, o'25.—Remigio Esteve,  
o'25.—Jaime Vaqué, o'50.—  
José Prats, o'25.—Juan Gatz,  
o'25.—Francisco Guiral, o'25.  
José Montolíu, o'25.—Vicente  
Montolíu, o'25.—Emilio Salva-  
dor, o'25.—Alfredo Marín,  
o'25.—Andrés Fernández, o'20.  
—Antonio Sepriá, o'20.—Ma-  
nuel Bellmunt, o'15.—N. N.  
o'25.—Luis Torres, o'10.—Ma-  
teo Pons, o'25.—Vicente Martí,  
o'10.—Manuel Montolíu, o'15.  
—Manuel Valles, o'25.—Vi-  
cente Labernia, o'10.—Manuel  
Bellmunt, o'10.—Joaquín Bo-  
rrás, o'15.—Francisco Torres,  
o'10.—Luis Miralles, o'25.—  
Miguel Bauló, o'25.—Andrés  
Vey, o'25.—José María García,  
o'50 (Todos de Barcelona)...

Suma y sigue..... 662'15

## La Cruz Roja Republicana

Ha prendido en la opinión la idea en que mi esposa, Nakens y yo vamos a la parte, no obstante la denominación de «Cruz», que a Nakens pertenece exclusi- vamente.

De todas partes republicanos de todos los matices, unos por carta, otros perso- nalmente, me preguntan cómo y dónde pueden hacer efectivas sus cuotas y do- nativos.

Veo con satisfacción que Nakens ha abierto lista en EL MOTIN. A él pues, Al- berto Aguilera, 52, Madrid, deben diri- girse los donativos, interin los designa- dos ó invitados por Nakens para dar for- ma a la organización de «La Cruz Roja Republicana», arbitren medios que facili- ten la entrega del óbolo de los republica- nos de España.

Creo que el buen amigo Nakens no tendrá inconveniente alguno, y dispense- me si me adelanto seguramente a su ini- ciativa, en admitir sellos de correo de 5, o'10 y o'15 en pago de los donativos de los republicanos de España, que, á ro- dar, han de contribuir á la constitución de la Alcanía de los republicanos pobres, presos ó perseguidos.

Y aprovecho la ocasión para dar las gracias públicamente á mi correligiona- rio querido, Sr. N. Llop s Bertrand, co- merciante de ésta, que ha sido el prime- ro en poner á disposición de «La Cruz Roja Republicana» dos pesetas mensua- les.

Y que el generoso rasgo tenga muchos imitadores.

CRISTÓBAL LITRÁN

Sí, compañero, sí; que envíen en se- llos su óbolo, los que no puedan enviar- lo de otro modo. Yo los traduciré á me- tálico.

## El suceso de la calle de Doña Petronila

### Primer aniversario

Hoy hace un año que en las primeras horas de la madrugada ocurrió el maca- bro hallazgo de la cabeza de una criatu- ra en la calle de D. Petronila.

No tenemos para qué recordar, pues de sobra las conoce el público, las inci- dencias y anomalías desarrolladas en el famoso proceso instruido con aquel mo- tivo.

A pesar de que continúan encartadas las dos mujeres que dicen se declararon convictas y confesas de haber descuarti- zado y arrojado á la bodega de una casa de la citada calle el cuerpo de la criatu- ra, y el cual, acaso, llegó á sus pecado- ras manos por arte de encantamiento, nada ha variado, al parecer.

Siguen encarceladas gentes que ni de vista ni de oídas conocían á la *Polota* y á Paca la *Hornera*.

También suponemos que seguirán de- vengando dietas el juez y el secretario es- peciales nombrados para la causa, y el *detective* que los ilumina.

Ese clamoreo que se llama la opinión y que las más de las veces no es otra co- sa que chismorreos y alparcería de curio- sos y desocupados, creyó y sigue creyen- do que se trataba de un hecho vulgarí- simo, de algún desliz, *verbi gratia*, co- rriente y moliente entre estudiantes, que, como jóvenes, son de suyo apasionados y fogosos, pero se equivocaron de medio á medio. A juzgar por el tiempo transcu- rrido y por las idas y venidas del juez, el secretario y el *detective* desde Zaragoza á Huesca y de Huesca á Zaragoza, desde Zaragoza á Barcelona y de Barcelona á Zaragoza, el misterioso suceso obedece indudablemente á un vasto plan de cons- piradores que se extiende y ramifica por los ámbitos de la nación.

Celebraremos que en el segundo ani- versario podamos comunicar algo de nuevo á nuestros lectores, por ahora...

Todo está igual,  
parece que fué ayer...

Son muchos los que preguntan:  
¿Inspeccionó el sumario algún funcio- nario del ministerio fiscal?

¿El señor juez especial da conocimien- to a la Audiencia provincial de Huesca, en los plazos que prescribe la Ley Proce- sal, del estado y adelanto del sumario?

El *Diario de Huesca*.

2 Febrero

## El crimen de Huesca

### Interview con la madre de "Paca la Hornera"

Con un correligionario mío, que gusto- so se me ofreció para acompañarme, fué el lunes día 3 del actual á la calle de Pe-

dro IV donde la madre de Francisca Santolaria (a) «Paca la Hornera» tiene un humilde y pobre establecimiento de carbón. Penetramos en la tienda mientras que mi acompañante llamaba á la dueña, la cual apareció ante mis ojos diciéndonos qué era lo que deseábamos.

Explíqueme el objeto de la visita: nada más que saber la situación de sus hijos en la cárcel y para que me proporcionase datos sobre lo que supiera del crimen.

—Poco será lo que yo les pueda decir; además que ¡me habían de sacar de embustera!...

—Vaya, de eso no hay que hacer caso; dígame todo lo que sepa, en la confianza de que yo no la comprometeré poniendo frases que usted no me haya dicho.

—Ya me dijo D. Lorenzo Funyola que hiciera bueno todo; pero yo no quiero, porque luego á una la sacan de embustera,—me repitió.

—No le importe lo que diga la gente, ni mucho menos lo que pueda decir la beatificación de Huesca y los chupacirios.

—Pues bien, señor. Cuando fui á Zaragoza para ver á Francisca y á Miguel...

—Un momento. ¿Quién es Miguel?

—Miguel es mi hijo; hermano de Paca de madre, pero no de un mismo padre.

—¿Luego usted está casada de segundas?

—Sí: Paca es hija mía de mi primer marido, que se llamaba Santolaria y Miguel del segundo. Por eso Miguel se llama de apellido Otín y no Santolaria como á los otros le dicen.

—Bien, siga usted.

—Pues cuando estuve á verlos, lo primero que me tropecé fue con una monja de la cárcel que me dijo, que podía ver á mis hijos, pero que no había de hablar del proceso porque me expulsarían enseguida.

—Luego usted no les habló de mosén Prisco ¿verdad?

—No, señor; solamente de sus hijos, de cosas familiares.

—¿Su hija, está incomunicada aún?

—Sí señor, aún.

—¿Ha estado enferma?

—Sí, muy mala.

—¿Cuándo le escriben sus hijos, le dicen algo del crimen?

—No, no pueden.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Pues ya ve usted, no les dejan escribir más que cosas de familia. Todas las cartas que me escriben las leen antes los carceleros y con el *visto bueno* de ellos me las manda; las que remito yo, las abren antes que mis hijos las vean.

—¿Este niño que tiene usted, ¿es de Francisca?—pregunté viendo sentado en una silla una criaturita de unos dos años.

—No, señor; de Miguel.

—¿Cómo? ¿Está casado su hijo?

—Sí, y su mujer vive como puede en la habitación que tenían con mi chico.

—¿Cuándo ingresó su hijo en la cárcel?

—El mismo día que el esposo de mi hija, el día 11 de Abril. ¿No cayó en ese día Jueves Santo?

—No recuerdo.

—Pues el día de Jueves Santo.

—¿Cómo se llama el esposo de Paca?

—Francisco Moliner.

—¿De qué le acusan á él y á su hijo? ¿Qué participación tomaron en el hecho?

—Pues mire, no lo sé; como tampoco comprendo por qué la familia Playán y el matrimonio de Castejón de Monegros están en la cárcel.

—¿Qué matrimonio es ese? ¿Por qué están presos?

—Igual que mi chico. Dicen que cuando escribieron al pueblo, ponían que no conocían á los *Potos* ni á mi hija ni aun de oídas.

—¿Tiene usted alguna carta de sus hijos?

—Sí. ¿Quiere usted leer alguna?

—Tendré mucho gusto.

—Pues tenga—me dijo mientras sacaba de un bolsillo de su delantal un papelito que me entregó, escrito con tinta encarnada y con buena letra.

—¿Sabe escribir Miguel?

—Sí, señor; pero me parece que esa no es su letra.

El papel decía que diera muchos besos á sus hijos, que se dolía de que su madre estuviera delicada de salud y que si pudiera, daría toda su vida por ella; que recibió los sellos de correo que su madre le mandara, que no sabe cuando lo pondrán en libertad, que como es inocente cree podrá pronto abrazar á sus hijos, madre y esposa, y, en fin, palabras amorosas, tiernas, como lamentándose de no poder decir más, como si se quejara de no poder narrar su situación triste, entre la esperanza y la incertidumbre de recobrar la libertad.

Mientras yo leía la carta, el niño de dos años, me pegaba con su tierna manecita.

—Dime, hijo mío, ¿dónde está la carta de *papá*, dónde? le decía su abuela.

Y el niño triste, muy triste, me señalaba con el dedito.

—¿Qué sabe usted de la *Potota*?

—Pues que está llena de sarna y piojos, que devoran á la pobre. A mi hija le pasaría igual, sino le mandara ropa. Hace poco, con el recadero de Zaragoza que para en casa Gilé, le envié á Francisca un abrigo mío, una toquilla, un refajo, un palmo de longaniza, seis reales y otras cosas más. El recadero no me quiso admitir los tres reales por el servicio, ofreciéndoseme generosamente hacérmelo gratis, para que con los tres reales les comprara algo de comer á los nietos.

Viendo que acariciaba al hijo de Miguel, me contó que había estado muy enfermito el rapazuelo, y que gracias á un médico correligionario nuestro no había muerto; además la leche diaria que consumían los niños, la pagaba el caritativo doctor.

—Por aquí, por delante de la puerta suele pasar alguna vez mosén Prisco, el cual, si nos mira mucho, yo le vuelvo la espalda. ¿Sabe usted lo que me dijeron de unas señoras muy usureras parientes del cura?

—¿Qué le dijeron?

—Pues que habían dicho, que tenían muy poco cuidado de que Prisco volviera á la cárcel, porque el juez especial era de confianza.

—¿Pues tiene miga la frasecita!

—Lo que quieren ahora indudablemente, es que mi hija Francisca muera y la matarán poco á poco. Eso lo que siento.

—Pero vamos á ver, señora ¿usted no sabe nada del proceso?

—Nada absolutamente.

—¿De modo que no podemos saber?...

—Nada; la situación del proceso es cada vez más misteriosa.

—¿Luego no se sabe el por qué están en la cárcel la mayoría de los presos?

—Claro que no.

—Bueno, señora; visto que no me puede usted dar más detalles me marcho agradecido á la atención que usted me ha dispensado. Salud.

Y aquí doy fin al relato de mi visita á la pobre madre de la beata *Paca la Hornera*.

## Apéndice

Sr. Alvaro de Albornoz y señores diputados republicanos del Congreso: Me dirijo al Sr. Albornoz particularmente, porque él fué el primero que se interesó en este asunto, y en general á los demás correligionarios, porque como amantes de la justicia, como defensores de la ley, deben levantar su voz en el Parlamento en demanda de justicia, que la opinión supone atropellada por un juez.

Los neos se regocijan por la libertad de un cura, pariente del obispo de Huesca, descartado de un proceso por infanticidio.

Los jesuitas se burlan de nuestra candidez y de los inútiles esfuerzos que hacemos pidiendo justicia y luz.

Pues bien; la opinión pide la destitución de ese juez, de ese escribano y de ese *detective*. Quiere justicia, por encima de todo. Quiere luz, y quiere que se le conteste á las siguientes preguntas:

¿Por qué se ha puesto en libertad al cura?

¿Se ha probado su inocencia?

¿Cómo, á pesar de las constantes acusaciones de la Paca y de los *Potos*, se ha puesto en libertad al cura pariente del obispo?

¿De qué se acusa á la Playán?

¿De qué se acusa á sus padres?

¿De qué se acusa á sus dos hermanas?

¿De qué se acusa á Miguel Otín, hermano de madre de Francisca Santolaria?

¿De qué se acusa al marido de Paca, Francisco Moliner?

¿De qué se acusa al matrimonio de Castejón de Monegros?

¿Qué comedia se va á hacer con estos personajes?

¿Quién son los desnaturalizados padres del niño descuartizado?

¿Quién mató al niño?

¿Qué forma de actuar es esa? ¿Es legal?

¿Cumple el juez con su sagrado deber?

¿Quién nos contestará á todas estas preguntas? ¿Rita? ¿El Nuncio?

Todo esto hay que esclarecerlo, señores diputados; y como ustedes son entusiastas defensores de la justicia, espero que harán que esto se aclare y se vea si el juez cumple con su deber y si mosén Prisco es inocente ó culpable.

EL CORRESPONSAL

Huesca Febrero de 1913.

## EN EL CLAVO CLERICAL

Quiero enriquecer el archivo literario de *El Motín* con el siguiente artículo de Gómez Carrillo, cuya oportunidad para España examinaré otro día.

Hace tiempo que los primates de la intelectualidad magna prestan singular atención á este fenómeno de sociología moderna.

En todas partes se está organizando la *acción social* acerca de este punto, más interesante para España que para país alguno.

He aquí lo que dice el artículo:

## Los que ya no son sacerdotes

—¿Por qué no abandona usted francamente la sotana?—preguntó un día Clemenceau á un pobre sacerdote que habla perdido la fe en Dios y en su ministerio.

—Porque la vida del cura «defraqué» es un interminable calvario de miserias y de humillaciones—contestóle el infeliz.

Y luego, con los ojos llenos de lágrimas, contestó:

—Si el mundo fuera justo y nos permitiera recomenzar nuestra vida como á los demás seres que se han equivocado de vocación, no habría tantos clérigos sin creencias y sin moral. Pero el mundo nos considera, cuando confesamos nuestro error personal, lo mismo que los hombres de la Edad Media consideraban á los leprosos.

Estas palabras justas y dolorosas, acuden hoy á mi memoria al leer una carta que me dirige el ex abate Paul Vessié, presidente de la Unión de los Anciens Pretres Catholiques de France.

«El número de sacerdotes que abandonan la Iglesia—diceme este digno escapado de las sacristias—y que desean entrar en la vida civil, aumenta de día en día. La ley de separación que hace ahora más difícil el reclutamiento del clero, contribuye en gran parte á multiplicar la cifra de los que huyen ó quieren huir de un sacerdocio entregado más que nunca á las arbitrariedades de Roma y á los caprichos del Episcopado. Y la vida no es fácil para nosotros. Precipitados sin preparación ninguna, sin oficio, sin relaciones, sin recursos, en una sociedad que nos es hostil, no logra encontrar una humilde situación sino escondiendo su pasado, y tiene que vivir con el perpetuo miedo de que las indiscreciones malévolas le hagan perder el trabajo que le da el pan de cada día.»

Lo que ante esta queja conmovedora dirán los buenos católicos, lo sabemos todos de antemano. Para un creyente, el sacerdote que abandona la Iglesia es un criminal que no merece ni piedad, ni perdón, ni socorro. Una idea de absurda constancia obliga á los que se llaman cristianos á detestar al que ha dejado de pertenecer á la grey del Señor. Aun los que, como el sublime P. Jacinto y el admirable abate Loisy, no se quitan la sotana sino para poder cultivar con mayor independencia sus ardientes ensueños evangélicos, parecen á sus hermanos en Jesús más dignos de desprecio que de respeto. «Un sacerdote—dicen—no puede nunca dejar de ser sacerdote.» Y si se les pregunta:

—Pero, ¿qué debe entonces hacer un pobre cura, que ya no tiene fe, que ya no cree en Dios, que ya no comulga con inocencia, que ya no se siente con el valor necesario para seguir predicando una religión que no es la suya.?

Si se les pregunta esto, responden:

—Ante todo, evitar el escándalo.

Para ellos, en efecto, el escándalo no es el de la conciencia que miente, sino el del acto franco. Que un clérigo no crea, poco importa, con tal que siga leyendo su breviario en público. Mejor que proclamar una verdad que redime, es, para la hipocresía social, cometer el sacrilegio de la eterna mentira.

Contra este estado de espíritu universal es contra el que el ex abate Paul Vessié quiere que protestemos todos. «Si para obedecer á la voz de la conciencia—diceme—hemos preferido no seguir siendo sacerdotes sin convicción, y romper las cadenas que nos atan al pasado, paréceme que tenemos derecho á contar con el apoyo de los hombres de buena fe, amigos de la verdad, de la sinceridad y de la independencia.»

Cierto, señor, muy cierto. Los hombres de buena fe tienen el deber de abrir los brazos y de llamarnos hermanos. Ciertamente; los que ponen por encima de todas las creencias la religión de la conciencia humana, tienen el deber de inclinarse respetuosos ante vuestra lealtad. Ciertamente; vuestro dolor de amantes desilusionados del más grande amor, merece el afecto de las almas libres. Pero ¿dónde están esas almas libres y esos hombres de buena fe? Los prejuicios milenarios que han deformado nuestros sentimientos, nos impiden no sólo proclamar, sino hasta experimentar, ante vuestra desgracia patética, la sensación sana y franca de la piedad fraternal. Y así, yo mismo me pregunto ahora si en el caso, improbable, de que un sacerdote que ya no cree me consultase sobre el camino que debe seguir, me atrevería á decirle:

—Abandone usted la Iglesia.

Porque sé que, en el mundo en que vivimos, ese consejo significaría:

—Hágase usted un paria; hágase usted un réprobo; hágase usted un mártir.

E. GÓMEZ CARRILLO

## Blancos y amarillos

Para José Naken

Para la mayor parte de los blancos, los amarillos pertenecen á una raza inferior á la suya. De los negros no hay nada que decir: los descendientes de los antiguos propietarios de esclavos nos aseguran formalmente que no son hombres.

El Sr. D. José L. Barbarán, desde las columnas de *El Radical* de Madrid, es el último blanco que nos habla de esos pobres chinos.

«El chino, dice el citado blanco, es apegado á sus tradiciones y el ser más refractario á toda idea de civilización y de extranjerismo. Ha sentido siempre una invencible repugnancia hacia toda idea europea.»

Examinemos, por un momento, la civilización que los europeos han llevado á China.

«Las dos grandes civilizaciones, la amarilla y la blanca—dice Anatole France en su hermoso libro *Sur la pierre blanche*—continuaron ignorándose hasta que los portugueses llevaron su comercio á Macao, después de doblar el cabo de Buena Esperanza. Los comerciantes y los misioneros orientales se establecieron en China, entregándose á toda clase de violencias y rapiñas, que los chinos sufrieron como hombres acostumbrados á las obras de paciencia.»

Los jesuitas ocasionaron, durante cerca de tres siglos, continuadas discordias. En nuestra época las naciones cristianas han tomado la costumbre de enviar, juntas ó separadas, á ese gran imperio, cuando el orden se perturba, soldados que lo restablecen por el pillaje, la violación, el asesinato

y el incendio, y de proceder, á cortos intervalos, por medio de los fusiles y cañones, á la penetración pacífica. Los chinos no se defienden ó se defienden mal: se les asesina con la más agradable facilidad. En que son bien educados y ceremoniosos, todos están de acuerdo; pero se les reprocha tener poca simpatía por los europeos, quienes tienen contra ellos los mismos motivos de queja que el Sr. Du Chaillu tenía contra su gorila. Este señor mató en un bosque, á tiros de carabina, la madre de un gorila. Muerta ésta, todavía apretaba entre sus brazos al hijo que iban á robarle. El cazador arrancó el pequeño gorila del seno de su madre, lo encerró en una jaula y lo trajo de Africa para venderlo en Europa. Pero el animal le daba justos motivos de inquietud; era insociable y concluyó por dejarse morir de hambre. «Fui impotente, decía Du Chaillu, para corregir sus malas inclinaciones.» Nosotros nos quejamos de los chinos en tanta razón como el Sr. Du Chaillu de su gorila.

Esperemos, Sr. D. José L. Barbarán, que los amarillos modifiquen sus ideas hostiles contra los blancos y que adopten su civilización. Si así lo hacen, yo les ofrezco de regalo, para el primer museo de las grandezas de la civilización europea que se abra en Pekin, el documento original que publicó, después de la memorable intervención de los blancos en 1901, el periódico *Vorwaerts*, firmado por un soldado alemán, y que empieza así:

«Querida Wilhelmine: como nos falta la tinta, te escribo con la sangre de los chinos que matamos los domingos, como los otros días...»

Y ahora que hablamos de los amarillos, me viene á la memoria la historia de un pobre diablo de chino, republicano por añadidura, aunque inferior en todo á los republicanos blancos, especialmente á los españoles, la flor del republicanismo.

Se llamaba nuestro hombre Pao-tsu-woo y era juez y poeta. Juez y verdugo, se comprende; pero juez y poeta es una genialidad bien amarilla. Lo cierto es que Pao-tsu-woo, más pediguño que Pablo Iglesias, tuvo un día la ocurrencia de dirigir una memoria á la emperatriz pidiendo nada menos que su abdicación. Al otro día quedó cesante. Y si no le cortaron la cabeza en aquella ocasión, es porque la llevaba ceñida con la aureola del genio de la poesía cosa que entre los blancos no le hubiera servido absolutamente para nada, como no les sirvió á los que fueron sus hermanos: Plácido, Zenea, Rizal...

Pao-tsu-woo, que era un ardiente y sincero republicano de la cepa de aquellos que en Francia hicieron el 93, no perdió el coraje y pronto rectificó su tiro. Se entregó en cuerpo y alma á la causa de la revolución, conspiró sin reposo contra el trono y educó á sus hijos en las ideas de la libertad.

Ya viejo y achacosó quiso descargar la conciencia de un pesado fardo y escribió su mejor poema, dedicándolo á sus hijos. La idea fundamental del poema es ésta:

«Vuestro padre, siendo un discípulo de Mencino,

Pidió al tirano que hiciera grandes cosas;

Hijos míos, no imitad jamás á vuestro padre,

Porque si habló mucho, no hizo nada.»

«Hemos hecho—decía la Sra. Chang, su hija, en el momento de partir de Londres para unirse á los sublevados—todo lo posible para obedecer á nuestro padre.»

¡Valiente y digna mujer amarilla, que se avergonzaba de tener como correligionarios republicanos á muchos hombres blancos!

Sobre la venerable frente del anciano poeta republicano Pao-tsu woo, no lució lo dulce luz del alba, que anunciaba un larga día de progreso para su país, aunque sí la presintió en su oscuro calabozo de Nan-King, como Rizal la presintió en el campo de muerte de Bagunbavan antes de que el tirano cometiera su crimen más monstruoso.

Si tú ¡oh Pao-tsu-woo!, en vez de escribir el poema de «La Acción», escribes, como Rubén Darío, un poeta blanco, «El Elogio del Monarca»; si tú ¡oh Pao-tsu-woo!, en vez de conspirar como buen revolucionario, subes á cuatro patas las escaleras del Palacio, como las subió Azcárate, un republicano blanco; entonces no te hubieras encontrado viejo y solo en la prisión y en la muerte, sino que hubieras alcanzado, cuando menos, una librea dorada, de lacayo ó de ministro, que para el caso es lo mismo. Y cuando la muerte te hubiera sorprendido en tu palacio, ó en el palacio de tus amos, éstos te hubieran hecho enterrar, como á un Canalejas, en el panteón de los «grandes hombres»; y un Melquiades Alvarez, con su sin par elocuencia y su librea dorada, hubiera pronunciado sobre tu tumba una oración fúnebre, ensalzando tus virtudes y presentándote como un modelo de civismo á las generaciones presentes y venideras.

Pero sentistes, como buen chino, «una invencible repugnancia hacia toda idea europea», no asimilándote las costumbres y la táctica de tus correligionarios blancos, á ti superiores bajo todos conceptos.

Nadie dirá que fuistes «un civilizado», pero todos reconocerán que fuistes «un hombre», que ya es bastante. Muy pocos de tus correligionarios blancos alcanzarán tanto honor.

P. VALLINA

*El Porvenir del Obrero, (Mahon).*

## ARTÍCULOS FIAMBRES

### Recuerdos de una campaña

Como sospecho que el número de *El Morín* correspondiente á la última semana del siglo xx, que mañana empieza, no he de poder escribirlo yo, voy á hablar un poquito de *El Morín* y de mí en éste de la última semana del siglo xix. ¿Y quién mejor, si nadie lo conoce y me conoce tan bien, ni está en todos sus secretos y los míos, ni sabe todos nuestros propósitos ni penetra nuestras intenciones?

Pues como íbamos diciendo, fundé *El Morín* para combatir al clericalismo y procurar la unión de los republicanos. (Véase el primer número, 10 de Abril de 1881.)

Ambos eran empeños grandes. El primero por la cantidad de sangre teológica que llevamos en las venas los españoles, aun los más radicales; el segundo por lo terribles que son las desavenencias entre individuos de una misma familia.

Enconada fué la lucha que sostuve contra los conservadores allá por los años 84 y 85. Empeñáronse en acabar con *El Morín* y no perdonaron medio para conseguirlo. Esto me llevó á no perdonar tampoco medio para evitarlo.

¡Qué vidita más retrechera la mía por aquella época! No pasaba hora sin contratiempo ni día sin catástrofe; denuncia, recogida, multa de 500 pesetas, cinco ó seis directores legales en la cárcel; de diez á

quince repartidores constantemente en la ídem; un carro que cojen hoy por aquí con cajones llenos de *Motines*; tres mozos de cordel que detienen mañana por allá con sacos atestados de los susodichos; un día la noticia de que en Correos han descubierto que se mandaban á provincias certificados como libros los paquetes de periódicos; á diario la pareja de servicio que pasa la cuenta hecha en la taberna próxima por vender el favor de no hacer nada; visita del Delegado que se cree molestado por un suelto; indignación del terrible coronel de orden público, Oliver, porque se había publicado una relación de destinos de la policía á sus órdenes... Un recado de la cárcel de que el director había cometido una barrabasada con los presos políticos; la denuncia del número del día, que llega antes de haber sacado un ejemplar de la imprenta; gentes que me visitan á título de republicanos y que resultan polizontes...

¡Qué incidentes tan desagradables, pero qué variados y cómicos á veces! Hoy se saca por el tejado la tirada del número (20.000 ejemplares); mañana en varios viajes dentro de la cuba de un aguador preparada al efecto; esta semana se tira en una imprenta, la siguiente en otra... la redacción rodeada de policía secreta... á voces; la imprenta de agentes de orden público... Desde la calle de Isabel la Católica se pasa la tirada, saltando por ventanas y escalando patios, á una tahona de la calle de San Bernardo; dos coches que aguardan á la puerta se llenan de papel en tres minutos y escapan á la imprenta de Lluch en la calle de Atocha. Y esto en las barbas de la policía que inundaba las dos calles y la plazuela de Santo Domingo.

Incidente gracioso. Ibamos el capataz Iglesias y yo con los bolsillos atestados de paquetes de composición en derecho á dicha imprenta, cuando en la calle Peninsular advertimos que nos seguía un polizonte. «¡D. José, uno de la carga!», me dio por lo bajo mi compañero. Inmediatamente tomamos el tranvía, y el polizonte también. Llegamos á la Puerta del Sol, cambiamos de línea, y el policía nos imita. ¿Qué hacer para despistarle? Al emparejar frente á San Sebastián le digo á Iglesias: «¡Sígame usted!», y bajando por la plataforma delantera, me dirijo al templo. El polizonte, que no debía conocernos muy bien, se queda perplejo unos segundos. ¿Era posible que el alma de *El Morín* entrase en una iglesia? No, se dijo sin duda, mientras nos confundíamos entre los fieles (había muchos); atravesábamos la nave y á poco sallamos por la calle de las Huertas.

Sería interminable la relación de cuanto hice para burlar á aquel gobierno, que en su afán de servir á la reacción llegó á olvidar que no debe colocarse á ningún periódico en la situación que colocó á *El Morín*. La seguridad de ser denunciado dijese lo que dijera, me hacía exagerar la nota.

Mucho dinero gané entonces, pero también gasté mucho... Dos duros á éste porque no viese; cinco á aquél porque no oyera; diez al de más allá porque no entendiera... Un duro diario á cada uno de los directores presos; cinco reales y un cocido á cada repartidor...

A pesar de tantas contrariedades, de tan tremenda lucha, al retirarme por las noches á mi casa orgulloso de mi labor, dormía de un tirón desde las ocho hasta las cuatro (costumbre que conservo), y al levantarme con las fuerzas reparadas y el cerebro equilibrado, agarraba de nuevo la

pluma, y el recuerdo de los triunfos del día anterior me daba energía para el que comenzaba.

De mi campaña contra los conservadores quedará recuerdo mientras haya prensa. De ella salió *El Morín* con 84 procesos y 47 excomuniones. (Yo no podía dar la cara por estar desterrado en Colmenar de Oreja, y vivir en Madrid de incógnito. Tampoco la hubiera dado sin esta circunstancia. Encerrado yo en la cárcel ¡adiós campaña!); además le fueron impuestas al periódico 14 multas de 500 pesetas, y sufrió toda clase de atropellos.

Eso sí; me divertí bien con aquellos danzantes, haciéndole denunciar el catecismo de Ripalda, el Manifiesto de Sandhurst, el Cristo de Benvenuto... ¡Y les dije unas cosazas! Pero qué cosazas! Verdad es que las merecían...

En todo esto había bueno y malo, dulce y amargo; yo trabajaba mucho, pero se tocaba el resultado. Lo peor vino después.

1900

### ¡Adiós mi sueño!

Así como hay pocos españoles que no tengan su plan de Hacienda, hay pocos republicanos que no tengamos nuestro plan revolucionario. Voy á hablar del que he halagado durante algún tiempo, ahora que, según el Sr. Pi, no hay medio humano de hacer la revolución por no tener ni soldados, ni recursos, ni servir ni valer el Pueblo para nada.

Perdóneseme la debilidad de dar á conocer ese plan, mejor dicho, ese sueño, hoy que ya es ido. ¡Plácele tanto al cansado espíritu reanimarse al calor de los recuerdos!

Mi sueño consistía en ver si podíamos preparar un movimiento en que sólo interviniera el Pueblo; y esto, no por odio al ejército, sino por evitar en lo posible que tuvieran que ponerse frente á frente los individuos que componen las dos únicas entidades poderosas de España.

El movimiento debería haberse verificado en todas las provincias, ó en veinticinco siquiera, en un sólo día, ó en dos á lo sumo, y en partidas de ciento á doscientos hombres, armados todos, y llevando cada uno en el bolsillo el haber de siete días, á dos pesetas, á fin de que no molestasen á las poblaciones por donde pasaran.

Estas partidas, cuatro ó cinco en cada provincia, deberían haberse abstenido de cortar las comunicaciones ferroviarias y telegráficas mientras no les hubiera sido indispensable hacerlo para salvarse, por lo menos hasta que se enteraran las autoridades de cuanto ocurría y pudieran comunicárselo al gobierno.

En las capitales importantes ó con guarnición, hubiera sido preciso que los republicanos mantuviesen cierta alarma para que no se atreviera el gobierno á mandar las tropas en persecución de las partidas.

Si hubieran tropezado con fuerzas del ejército, deberían haber rehuído el combate, para no poner ríos de sangre entre hombres que estaban llamados á fraternizar al fin.

Al segundo día las partidas se habrían duplicado, por lo menos, y no hay para qué encarecer el efecto terrible que hubiera causado en los monárquicos, fuesen cuales fuesen los que gobernaran, el recibir en un día aviso de veinticinco gobernadores de las provincias más importantes, detallando el número de partidas que

vagaban por la de su mando, la dirección que seguían y el entusiasmo que despertaban en los pueblos.

Y una vez en este punto, me complacía en ver á los monárquicos dictar, locos y desatentados á impulsos del miedo, esas medidas torpes que agravan las situaciones desesperadas, para acabar abandonando como otras veces lo que juraron defender, y buscar la salvación en la fuga sin cuidarse para nada de aquello que más les había importado hasta entonces.

Como se ve, hasta aquí el sueño no tocaba con grandes dificultades; con dejar correr la imaginación á medida del deseo, empresa realizada. A parte de que no era tan descabellado el suponer que en veinticinco provincias se levantarán veinte ó veinticinco mil hombres en un día, habiendo medios para proveerlos de armas y dinero, que el gobierno se aterrara, y que se llevara la trampa todo lo que nos estorba para traer la República. No, nada de esto era descabellado: las dificultades nacían en el instante mismo que pensaba en llevar mi sueño á la práctica, por la falta de esos recursos de que habla el Sr. Pi. Para tener algunas probabilidades de éxitos, se necesitaba por lo menos:

	Pesetas.
25.000 fusiles buenos con sus municiones correspondientes, á 100 pesetas uno...	2.500.000
50.000 pesetas diarias durante una semana para los 25.000 hombres	350.000
Idem idem para igual número que se agregase.	350.000
Gastos imprevistos á 25.000 pesetas diarias.	174.000
<b>Total.</b>	<b>3.375.000</b>

¡Una friolera! ¡Nada menos que 3.375.000 pesetas! Había para desesperarse. La cantidad era monstruosa, casi inconcebible. Pero ¿quién se arredra cuando no tiene más que abrir con la llave dorada de su imaginación el alcázar donde guarda sus tesoros? Lo abrió, y sacaba en el acto el dinero necesario.

Suponiendo, me decía cogiendo la pluma y haciendo números, que no hubiese en España más que 500.000 republicanos, ¿por qué no habría de reunirse en un año esa cantidad? La cuenta no marraba:

12.500 á peseta semanal.	650.000
25.000 á 50 céntimos.	650.000
462.500 á 10 id.	2.405.000

**Total.** 3.705.000

Y al encontrarme con esta cantidad en un año, volvía á coger la pluma creyendo que me había equivocado, y echaba la cuenta de nuevo. Y nada; siempre aparecía la misma, fija, inmutable... Es decir, que con un año sólo de recaudación bastaba, y nos quedaba todavía un remanente de 1330.000 pesetas! No cabía en mí de gozo, y á cada nueva comprobación exclamaba entusiasmado: ¡Viva la República!

El 16 de Julio de 1892, no pudiendo resistir la tentación de hacer pública mi chifladura, cosa común á todos los desequilibrados, inserté en El Motín un artículo hablando de ella; y, como era natural, nadie me hizo caso; solamente dos ó tres periódicos hablaron de mi artículo. Hay, por lo visto, más sensatez de lo que parece en el partido republicano.

A pesar de este fracaso moral, seguía de vez en cuando halagando mi absurdo sue-

ño, y permitiéndome el lujo de creer que, aun habiendo reducido los ingresos anuales á la mitad y esperado en tal caso dos años (menor tiempo del transcurrido desde que se me ocurrió), hoy estaríamos en condiciones de realizar la revolución.

Mas ¡ay! el Sr. Pi ha venido á ahuyentar de mi cerebro los restos de mi irrealizable sueño y á hacer que me ría de mí mismo por haberlo halagado.

Si yo hubiese podido sospechar siquiera lo que ahora nos ha hecho saber, esto es, que el Pueblo por sí sólo nada vale, ni nada puede hacer, ni nunca hizo nada, cualquiera me mete á acariciar este sueño ni á echar tantas cuentas.

Maldigo, por lo tanto, una y mil veces mi falta de sentido práctico, que me había llevado á la convicción estúpida de que los recursos no vienen nunca por sí solos, que no caen del cielo, y que hay que buscarlos muchas veces para encontrarlos alguna; y maldigo también el tiempo perdido en este inútil é ineficaz sueño, cuando podía haberlo dedicado á procurarme una concejalla, cargo reñido con todos los sueños, aun cuando no con ninguna realidad.

## Pólvora en salvas

Pero vamos á cuentas, ya que con cuentas andamos.

¿Por qué no tenemos recursos? Porque los hemos derrochado. ¿Pruebas? Allá van unas pocas. Y nótese bien cuán corto me quedo en los cálculos.

Hemos gastado:

## En periódicos

Fijando sólo en 10 periódicos diarios que hemos sostenido (cuando haya habido más, por cuando haya podido haber menos), y calculando el gasto de cada uno en 75 pesetas diarias, resultará que hemos gastado al año 273.750 pesetas, que multiplicadas por 20 años, arrojan un total de.

5.475.000

Y solamente en 30 los semanales (siempre ha habido más), y en 50 pesetas el número, resultará que hemos gastado 78.000 pesetas al año, que arroja en los 20 un total de.

1.560.000

## En banquetes

Calculando que en toda España no hayan banqueteados más que 20.000 republicanos al año con motivo de aniversarios, elecciones, visitas de jefes y personajes, constitución de Comités y Juntas, aperturas de círculos, etcétera, etc., y que cada uno haya salido á 2,50 pesetas, tendremos al año un gasto de 50.000 pesetas, que en los 20 años ascienden á.

1.000.000

## En centros

Suponiendo que no hubiese más que 3.000 en toda España de todos los partidos entre comités, casinos y círculos, y que el gasto diario de cada uno fuera solamente

Pesetas.

de una peseta, importaría al año 1.950.000 pesetas, que multiplicadas por 20 ascendería á.

21.900.000

## En cartas

Calculando en 100 diarias las que reciban entre jefes, diputados, senadores, juntas directivas y directores de periódicos, para asuntos electorales y de régimen interior de los partidos, ascenderían al año á 36 500, que á 15 céntimos, importarían 5 475 pesetas, que en veinte años ascenderían á.

109.500

## En telegramas

Pongamos la mitad, aun cuando nos quedemos cortos, porque es una nube de telegramas de felicitación la que cae sobre cada jefe cuanto respira.

54.750

## En elecciones

Supongamos que en todas las que habido desde la restauración únicamente se hayan invertido en viajes de propaganda, carteles, papeletas y demás gastos indispensables.

125.000

## En viajes

No creo exagerar si digo que cada año han ido á París 25 individuos á ver al Sr. Zorrilla, que á quinientas pesetas uno, importan 12.500, que en 20 años ascienden á.

250.000

Y menos suponer que cada año han venido á Madrid desde distintos puntos, para tratar cuestiones políticas, 100 personas, que á cincuenta pesetas una, importan 5.000, que en 20 años ascienden á.

100.000

## En meeting

Incluyendo en este número las Asambleas, las veladas, etc., bien puede asegurarse que unos años con otros hemos aalido á 10, y que cada uno ha costado 500 pesetas por lo menos. En 20 años se han gastado por este concepto.

100.000

**Total de gastos.** 30.674.250

La cifra, como se ve, es enorme, pero estaría justificada si en esos veinte años hubiésemos adelantado algo en cualquier sentido: en el revolucionario, en el legal, en el de la unión, en el de la concordia, en el de la doctrina.

Mas encontrándonos hoy divididos, con los programas destrozados, viejos los que éramos ya republicanos el 73, y contaminados de nuestras pasiones los jóvenes; los jefes sin prestigio, el pueblo sin energía, faltos de recursos, sin la mitad por lo menos de las masas con que contábamos, con la fe casi perdida y la esperanza agonizante, ¿habrá quien sostenga que no hubiera sido preferible á lo que hemos hecho encerrarnos en el silencio de la dignidad, ó haber dedicado todos esos recursos que hemos derrochado á algo más práctico.

tico que á destrozarnos mutuamente? Sólo con que cada comité, círculo ó casino hubiera dado una *peseta diaria* ¡qué miseria!, tendríamos hoy recursos para todo.

Cada céntimo de esos 30.674,250 de pesetas clama contra la mala dirección que hemos tenido, pero no representa siquiera ni una millonésima parte de las energías que los republicanos hemos malgastado, de los tesoros de buena voluntad que hemos perdido, de los esfuerzos que hemos esterilizado.

Resumiendo: que nos hemos leído, banquetado, discursado, carteado, telegrafado y viajado la revolución, amén de habernos entretenido jugando á los comités. ¡Y ahora nos quejamos de la falta de recursos!

Escritos los dos artículos anteriores, llega á mis manos el último número de *El Socialista*, órgano del partido obrero, y veo que en cinco ó seis semanas ha reuñado, á 15 céntimos, y á 20 y á 25, ocho mil seiscientos veinte pesetas para auxiliar á los huelguistas de Málaga.

Y me pregunto:

¿Si podría no haber sido un sueño lo que digo en el primer artículo?

2 Diciembre 1894.

## La discursomanía

¡Qué plaga! Casi todos los males de la política contemporánea se deben á ella.

El flujo por hablar, el deseo de hacer periodos rotundos nos pierde; así es que tiemblo cada vez que se reunen cuatro políticos en cualquier parte.

Y si son de mis ideas, el temblor es de muerte. ¿Qué irán á decir, á quién descalabrarán, ilustres manes de Demóstenes y Cicerón?

Si estamos desunidos, temo que la desunión se ahonde; si unidos, que nos desunamos. Por esto, cuando pasan dos minutos sin escuchar una herejía democrática, creo estar soñando.

A los que temo, sobre todo, es á los eminentes desconocidos que se apresuran á sentar plaza de Castelares.

¡Horror! Cuanto sueltan la taravilla, aquello es un chubasco de palabras huecas; un simoun de conceptos rebuscados; una tempestad de frases hechas.

Pensar lo que dicen ¿para qué? La cuestión está en hablar mucho, no en saber lo que se habla. Conveniencias de partido, divisiones que pueden surgir, planes que pueden desbaratarse, ¿qué les importa?

Y lo gracioso es que hablan lo mismo en el café que delante de señoras; en una sala de seis metros en cuadro, que en un salón de cincuenta; entre diez amigos, que ante dos mil oyentes.

El espectáculo que esto ofrece no es para relatado, y obliga á bajar los ojos y preguntarse: «¿si sólo será el hombre un animal que habla?»

¿Y las ambiciones que descubren aquellos mosaicos de palabras inconexas? Allí, doscientos subsecretarios; allá, ochenta ministros; acullá, quince presidentes del Consejo. Todos en estado de canuto, sin probabilidades de pasar siquiera al de mosquito, mas con todas las condiciones necesarias para poner en caricatura los

cargos que corresponden á los hombres de verdadero mérito.

Y no sirve que todos sepan de antemano el asunto que va á tratarse; cada cual habla de lo que se ha propuesto.

Hay quien piensa casarse, y se arrepiente; quien ofrece dinero, y no lo da; quien se compromete á sublevarse, y no lo cumple; mas todavía no se ha dado el caso de que deje de pronunciar un discurso el que lo tiene en cartera.

Esto es horrible para la tranquilidad del resto de los mortales, mas no hay manera de evitarlo. Si no lo suelta en un Congreso, lo larga en una Asamblea; si no en un casino, ó en un comité; si en el café no, en la calle; de pie ó sentado; de noche ó de día. ¿Y qué resulta de aquí? Que como no siempre la palabra ayuda á la intención, desbarran de lo lindo, y á lo mejor se convierte en rechifla para el autor lo que debió ser gloria. Así hay por esos rincones tantos grandes genios no comprendidos.

Aun cuando, á decir verdad, esto importaría poco, si esos Mirabeaus *petits* no comprometieran á veces con su charla impremeditada las causas mejores y no dieran pretexto á los enemigos para echar sobre un partido faltas cuya responsabilidad corresponde exclusivamente á media docena de ambiciosillos largos de y lengua y huesos de magín.

1886.

## España resurgirá

Cuentan que hubo un tiempo en que no se podía vivir en el cielo: trastornos, algaradas, motines...

Hechas las investigaciones necesarias, averiguóse que los bienaventurados procedentes de España eran quienes promovían aquellos líos.

Indignado el Altísimo llamó á capitularlo á San Pedro, le increpó por haber facilitado la entrada á gente levantisca, y le ordenó que desterrase á todos los españoles á las Marianas celestiales.

Cumplió San Pedro la orden, y poco á poco renació en el cielo la calma, pudiendo dedicarse sosegadamente cada elegido á sus negocios ó á la satisfacción de sus goces.

Pasado algún tiempo y cuando ya nadie recordaba lo ocurrido, volvieron á notarse los síntomas vagos que preceden á todo trastorno, aumentando de hora en hora la intranquilidad. San Pedro, seguro de que no había traspasado los umbrales de su portería ningún español, telegrafió á las Marianas, de donde le contestaron que tampoco ninguno se había evadido de allí.

Esto no obstante la vida en el cielo se hacía otra vez imposible. Escándalos, jaleos, riñas... A lo mejor se velan por el suelo veinte ó treinta nimbos desprendidos de las cabezas á cachetazos.

Nueva llamada del Eterno á San Pedro, nuevas órdenes de San Pedro á la policía y nuevas pesquisas de la policía por todos los rincones donde se vendía

manzanilla, se murmuraba del gobierno y se tocaba la guitarra... Todo en vano.

La policía interrogó á los santos más bullangueros, á las santas más entrometidas, y á los ángeles y serafines que, como chicos al fin, todo lo husmean y todo lo charlan. Nada; ninguno había visto ni un español siquiera.

Cuando ya San Pedro, creyéndose fracasado, iba por dignidad á presentar la dimisión, se presentó Benito Labre rasgando ferozmente y le dijo:

—Se me ha ocurrido un medio infalible para convencernos de si hay ó no algún español en el cielo.

—Hable usted—le contestó San Pedro, apartándose prudentemente al ver que Benito se daba en el pecho una tarascada de mayor cuantía.

—Consiste sencillamente en que (nuevo embite en el sobaco izquierdo) coja usted un trapo cualquiera... ¿Quiere usted mi hábito?

—¡Oh, no, gracias—exclamó San Pedro retrocediendo aterrado...—Ahí tengo una túnica vieja que... Pero acabe usted de explicarse...

—Pues coge usted la túnica, la desplega, se abre de piernas y grita lo más alto que le sea posible: «¡Eh, toro!... ¡Echalo pa acá!... ¡Quieto to er mundo!... ¡Lárgale un capote!...»; y como haya siquiera un español en el cielo, crea usted que se presenta en el acto.

No había acabado de hablar, cuando ya estaba San Pedro en suerte, gritando: «¡Eh, toro!... ¡Lárgale un capote!... ¡Echalo pa acá!...» Y sin darle tiempo para acabar la lección, apareció como por encanto un bienaventurado cuarteándose al andar y gritando más alto aún: «¡Eh, compare!... ¿Onde está er bicho?»...

Al ver lo que le ocurre actualmente á España, he recordado el cuento ese y deducido que no debemos desconfiar de su salvación. Si sabiendo que iban á desterrarle no pudo contenerse aquél compatriota al oír en el cielo un grito que tantas veces le entusiasmó en la tierra, ¿qué no hará España, la sufrida, la indiferente, la que á ratos parece muerta, el día que oiga el grito que ha de salvarla? Responder con la alegría que aquel hijo suyo lo hizo allá arriba.

¿Cuál será ese grito? No lo sé; pero sí que representará lo contrario de aquello que la ha traído á la situación en que hoy se ve; como sé también que al incorporarse por ese grito, reanudará la leyenda gloriosa de su energía y su valor, de algún tiempo acá interrumpida y casi olvidada.

Por eso fustigo á menudo á quienes por interés la venden, por encumbrarse la engañan ó por cálculo la rebajan; pues si creyese que estaba tan decaída y degradada como suponen aquellos á quienes conviene que lo esté, emigraría en el acto.

1900.



# Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

Pero el caso es que el arzobispo que ría ser apacentador vitalicio de aquel rebaño, y al ver que iba de veras el intento de arrojarle de allí, se dirigió á sus fieles diciéndoles que no debían consentirle; les hizo una patética explicación de los motivos por los cuales no debían aceptar otro arzobispamiento que el suyo, y cuando creyó que ya los tenía suficientemente eternecidos, enardecido á sus soldados para que le defendiesen, y á cada uno le ofreció hacerle general en las milicias celestiales si triunfaba su causa.

Desgraciadamente, el clero, los señores y los plebeyos se unieron contra él, y aunque apeló á las armas, no le sirvieron, y entonces se vió el milagro de que lo que no habían podido lograr las espirituales influencias del Pontífice, lo lograron los materiales instrumentos de guerra empleados por los habitantes de Reims, y al arzobispo Manasés le sucedió como si hubiera ido á Sevilla: perdió la silla.

Por entonces se observó que sin duda los obispos habían inventado un antídoto contra las excomuniones; porque aunque el Papa les excomulgaba á granel, como ellos continuaban cobrando las rentas de sus mitras y administrando los bienes de su Iglesia, estaban gordos y colorados, y comían y bebían, como en estado de gracia.

También fué por aquellos años cuando el Papa echó una buena reprensión al obispo de Orleans, que era simoníaco.

El obispo, sin duda por humildad, ni siquiera le respondió.

El Papa sin duda interpretó aquel silencio como ofensivo, y envió á Orleans un legado que excomulgara de su parte al obispo.

Este sin duda se figuró que aquél era un legado de pega, y lo hizo meter en sus episcopales cárceles.

Y el Papa sin duda creyó que el obispo merecía ser depuesto, y en efecto, lo depuso como á otros muchos, como á otros muchísimos; porque sus legados salían á bandadas de Roma, se extendían por Francia y Alemania suspendiendo de sus empleos á los obispos simoníacos y concubiniarios, y se hacían efectivas las disposiciones de los concilios celebrados en Roma en 1075 y 1076, deponiendo en masa á los obispos de regiones enteras.

Pero para que se vea lo que son las cosas: á pesar de todas esas pequeñeces episcopales, no por eso se desprestigiaba la Iglesia.

Durante el siglo anterior había aumentado extraordinariamente su peculio con los regalos recibidos de los que tenían que al llegar el año 1000 viniese el fin

del mundo y el juicio final les sorprendiera en pecado de posesión de bienes terrenales; y como habiendo pasado sin novedad el año 1000 se aplazó el desquiciamiento del universo para el año 12000, seguían los cristianos moribundos dando á Dios su dinero, cuando ya de nada les podía servir.

Así, pues, la Iglesia se vió con aquel poder que por Dios le fué conferido al decir *tu es Petrus*, y con el poder que da el oro, y en Alemania comenzaron los oficiales de todo obispo (que se llamaban ministeriales) á componer una especie de nobleza, alcanzada por medio del servicio militar, y aunque el siglo la consideraba como nobleza de baja estofa, sus individuos tuvieron mucha representación en las magistraturas municipales, pusieron eficaz empeño en constituir una clase especial en la sociedad, y echaron siempre de sus hombros el peso abrumador de las contribuciones, y no se sometieron á sostener las cargas públicas sino tratando de igual á igual con los poderes constituidos.

¡Ah! ¡Qué par de aspectos tan poéticos presenta el período de que tratamos!

Los obispos son depuestos y excomulgados por el Papa, acusados y apedreados por sus clérigos; pero obispos y clérigos se coaligan contra el Papa cuando se ven atacados en los lazos que les unen á sus esposas é hijos.

En vano el Pontífice les dice que para servir á Dios en los altares es indispensable la virginidad; ellos replican que hasta entonces le han servido sin semejante requisito y sin que el Altísimo se haya quejado. El Papa les aduce las razones que da el Espíritu Santo para obligarles al celibato, y ellos dicen: ¡Y diez siglos y medio han transcurrido sin que tal cosa haya llegado á conocimiento de la Iglesia, que lo sabe todo!

Un escritor impío y profesor de universidad, no por derecho divino, sino en virtud de unas mundanas oposiciones, dice refiriéndose á aquella época:

«La cristiandad se asemeja entonces al mar agitado hasta en sus más profundos senos. Se acabó el aislamiento: los obispos forman una liga contra el soberano Pontífice, y los clérigos se unen para defender á sus familias. Gregorio VII, sin salir de Roma, está en todas partes; celebra cada año un Concilio, aun teniendo al emperador á las puertas mismas de la ciudad; excomulga, destrona al jefe temporal de la cristiandad; destituye á obispos y arzobispos; sus legados recorren Europa arrojando de sus sedes á los prelados simoníacos y concubiniarios. La guerra de las investiduras divide el mundo cristiano en dos campos; en la sociedad laica penetra la división lo mismo que en la Iglesia. No parece sino que el demonio de la discordia ordena imperiosamente en Roma; pero la tempestad

se calma, y lo que de aquella aparente disolución resulta, es la unidad más fuerte que se haya visto en el mundo, y una vida, un mismo espíritu reinan donde quiera que se levanta una cruz.»

¿Qué dirán en vista del resultado de esa unidad esos otros ímpios sabios de pacotilla que niegan la divinidad de la Iglesia?

En las instituciones mundanas sólo se obtienen resultados semejantes á fuerza de larguísimo tiempo y á costa de violencias y sinsabores; pero la Iglesia, por ser de origen divino, en un abrir y cerrar de ojos, en nada, en once siglos y pasando sólo por unos cuantos centenares de herejías y guerras, llega al brillante estado en que nos la puso Gregorio VII, estado que duró mientras duraron los tiempos aquellos.

¡Oh bellos espectáculos!

El prefecto de Roma, tal vez por equivocación, había talado el territorio de la Iglesia; el Papa le regañó como era debido, pero el prefecto, volviendo á desentonar el armonioso cuadro de la época, retaló el territorio y el Papa le excomulgó.

No se le convirtieron los panes en piedras al prefecto; pero se le convirtieron en bilis todos los humores, castigo evidente de Dios, cuyo Dios permitió que una noche de Navidad, mientras revestido de sus ornamentos pontificales celebraba el Papa la misa muy devotamente, penetrara en la iglesia el prefecto, acompañado de escándalo y de gente armada.

Los hábitos pontificales sin duda impulsieron respeto á aquel malvado, pues no se atrevió á poner la mano en ellos, sino que cogiendo por los cabellos al Pontífice y llenándole de injurias, lo arrastró fuera de la iglesia y lo encerró en una casa fuerte.

Para salvar al Pontífice, la Providencia estaba ya confeccionando un milagro; mas cuando ya lo tenía lo que se llama á punto de caramelo, se detuvo, viendo que, ricos y pobres, nobles y plebeyos se amotinaban contra el prefecto y ponían en libertad á la víctima por los medios usuales de la fuerza material.

El Papa recobró la libertad y quería que allí acabara todo; pero la Providencia no le permitió que hiciera el milagro de calmar repentinamente el furor religioso de sus libertadores, los cuales mostraron que sólo la piedad les había movido, talando y saqueando las propiedades de la autoridad civil, no en venganza, pero sí en equilibrio de lo que ésta había hecho con los de la Iglesia.

El mal aconsejado Enrique IV, ya había despedido con muy malos modos á

(Continuará).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 51.—Madrid.